

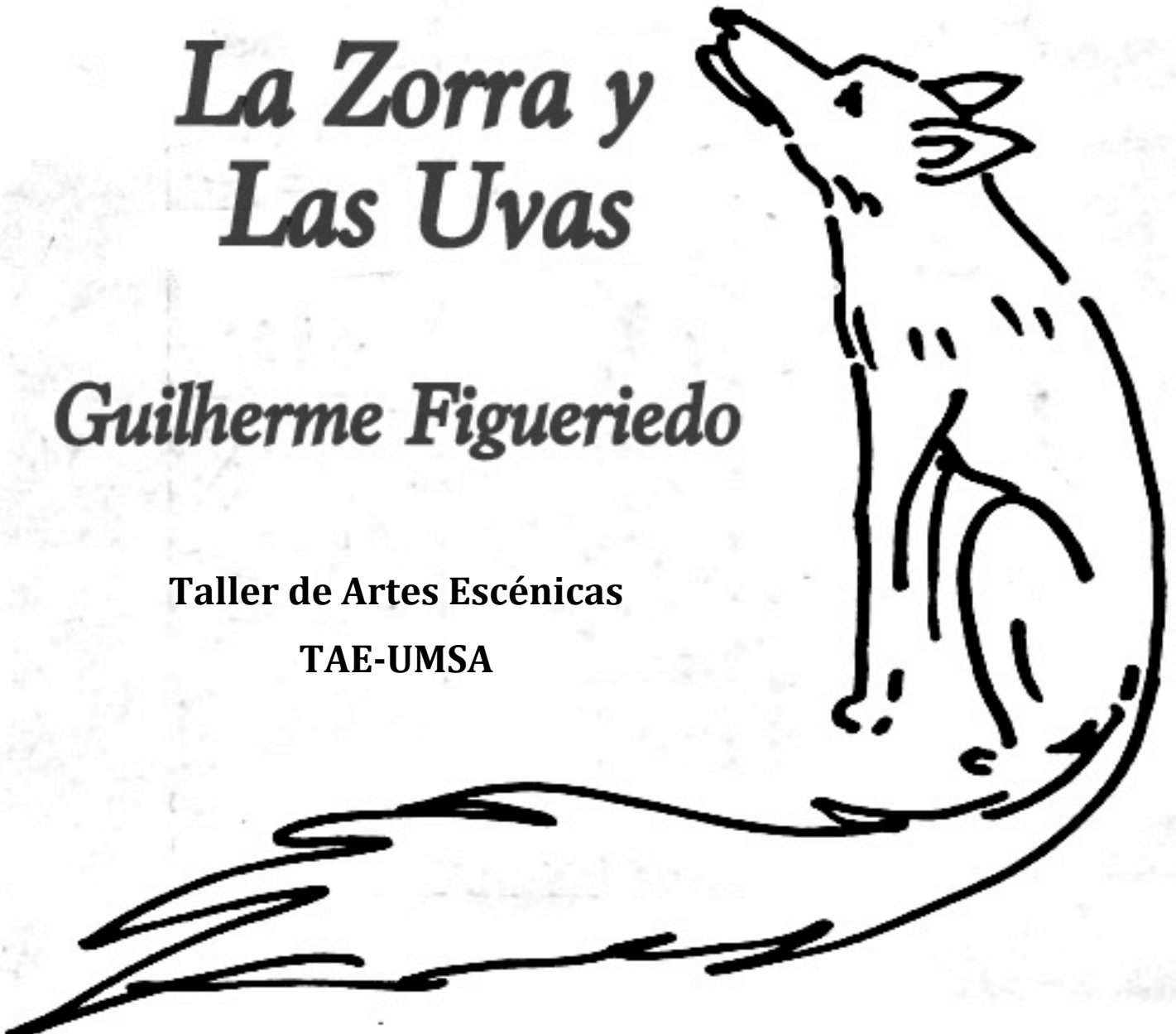


La Zorra y Las Uvas

Guilherme Figueriedo

Taller de Artes Escénicas

TAE-UMSA



LA ZORRA Y LAS UVAS

Guilherme Figueiredo

ACTO PRIMERO

La casa de Xantos, en Samos, Entradas a. derecha, izquierda y al foro. Un gongo. Algunas banquetas. Un “elismos” por el pórtico, al fondo, se ve el jardín. En escena, Cleia, esposa de Xantos; y Melita, eselava. Melita esta peinándole los cabellos a Cleia.

MELITA. (En tanto peina los cabellos a Cleia.) ...y entonces Aminda contó que Crisipo reunió a sus discípulos en la plaza, señaló a tu marido y dijo: “Tienes lo que no perdiste. . .” Xantos, respondió: “Exacto”, Crisipo, continuó “No perdiste cuernos...” Xantos’, asintió “Exacto.” Y Crisipo, coneluyó “Tienes lo que no perdiste. . .” No perdiste cuernos; luego los tienes.” (Cleia se ríe.) Todos se rieron a placer.

CLEIA. ‘Es ingenioso. Es lo que ellos llaman un sofisma. (Breve pausa.) ¿Mi marido va a la plaza para ser insultado por los demás filósofos?

MELITA. No. Xantos es sumamente inteligente. En medio de las risas generales le dijo a Crisipo: “Crisipo, tu mujer te engaña, y no porque no tengas: cuernos.... Lo que has perdido es la vergüenza.” Se acabaron las risas, y los discípulos de Crisipo y los de Xantos se lanzaron unos contra otros.

CLEIA. ¿Riñeron?... (Melita asiente.) ¿Aminda cómo ha sabido esto?

MELITA:~ Estaba en la plaza.

CLEIA.— Vosotras, eselavas, sabéis lo que pasa en Samos mejor que nosotras las que somos libres.

MELITA.— Las mujeres libres no salen de casa. En cierto modo, son más eselavas que nosotras.

CLEIA. Es verdad. (Breve pausa.) ¿Te gustaría ser libre?

MELITA. No, Cleia. Vivo bien aquí y todos me consideran. Es bueno ser eselava de un hombre ilustre como tu marido. Pude haber sido comprada por algún mercader, o por algún soldado; pero tuve la suerte de venir a ser de tu marido.

CLEIA. ¿Eso te parece un consuelo?

MELITA.— Me parece un honor. ¡Es un filósofo, Cleia!

CLEIA. Yo preferiría que fuese menos filósofo, y más marido. Para mí los filósofos son personas que se dedican a aumentar el número de los substantivos abstractos.

MELITA. ¿Xantos inventa muchos?

CLEIA. Ni siquiera eso. Y ahí está lo ridículo es un filósofo que no enriquece el vocabulario de las controversias. ¿Terminaste. . .?

MELITA.~~ Casi. Es agradable peinar tus cabellos, mis dedos se quedan con el tono y la luz que tienen. (Breve, pausa.) ¿Xantos te besa los cabellos? (Cleia hace un mohín desdeñoso.) Yo admiro a tu marido.

CLEIA. Por qué no dices tambión que estós enamorada de él. Te encantaría, ¿no?, que me repudiase, que te hiciera libre. . . y que se casara contigo.

MELITA.— No digas eso. . . (Breve pausa.) Además, Xantos te quiere.

CLEIA.— A su manera. Formo parte de sus bienes, como tú, las demás eselavas, y esta casa.

MELITA.— Cuando viaja, te trae siempre un regalo.

CLEIA.— No es el amor lo que mueve a los hombres a hacer regalos a sus mujeres. Es la vanidad o el remordimiento.

MELITA.— Xantos es un hombre ilustre.

CLEIA.— Es el filósofo de la propiedad: “Les hombres no son iguales; y a cada uno le corresponde una dádiva o un castigo... La democracia griega es esto: el derecho que tiene el pobre a elegir su tirano. El derecho que tiene el tirano a decidir si te deja pobre o te hace rico; Si te deja libre o te hace eselavo. Es el derecho que tiene el pueblo a oír a Xantos decir que la injusticia es justa, que el sufrimiento es alegría; y que este mundo fue organizado de modo que ól pueda beberse buenos vinos, tener una casa esplóndida, amar a una mujer hermosa. ¿Terminas?

MELITA. Si... Un momento, y vas a estar aún más bonita para tu filósofo.

CLEIA. — (Con un leve matiz de desdén.) Mi filósofo... Los filósofos son criaturas demasiado llenas de palabras

MELITA.— Tu no lo quieres. De haber estado en la plaza el otro día, te hubieras reído de él como los discípulos de Crisipo; él, en cambio, te quiere, es rico, te hace regalos.

CLEIA.— Los tira a mis pies, como limosna. (Pausa.) Dime, Melita: aquel capitán de guardias que llegó de Atenas, ¿está todavía en la ciudad?

MELITA.— (Que había terminado ya de peinarla.) ¿Para eso te acicalas? (Breve pausa.) Tu marido llega hoy, Cleia.

CLEIA.— Entrará por esa puerta, y dirá: “Cleia., amor mío, te traigo un regalo” Y después: “Bueno. . .Me voy a, ver a. mis discípulos.” Por la puerta del fondo, entra Xantos.

XANTOS. — (Entrando.) ¡Cleia, amor mío, te traigo un regalo!

CLEIA. ;Ah...! ¿Has llegado?

Cleia hace un gesto a Melita para que salga. Melita salga por la derecha.

XAN'T'OS. Bósame, Cleia. (Un beso convencional) Es el regalo más curioso y más extraño de cuantos te he traído.

CLEIA. Dójalo en la mesa.

XANTOS.— No puedo. Es muy grande. ¿Quieres verlo?

Antes que Cleia responda, Xantos bate palmas. Entra, Esopo, vesfido con un sayo que le llega hasta las rodillas.

CLEIA.— (Entre asustada y divertida.) ¿Qué es esto?

XANTOS.— Tu regalo.

CLEIA. ¿Esto...? (Mirando a Esopo.) ¿Esto? ¿Es un eselavo?

XANTOS.— Es un eselavo. Se llama Esopo.

CLEIA. — (Riéndose a carcajadas) ¡Qué feo es!

XANTOS.— Es el eselavo más feo de toda Grecia.

CLEIA.— ¿Y tuviste el valor de comprarme esto? Xantos: ¡es un insulto! ¡Cómo has tenido el valor de comprarlo?

XANTOS., No lo he comprado.

ESOPPO. No me ha comprado. EL He venido de gracia.

CLEIA.— (Por Esopo.) ¡Y habla!

XANTOS.— (A Cleia.) ¡De gracia, Cleia! ¿Te imaginas...? En el Pireo compró un negro etíope para las tareas pesadas, y el mercader de esclavos me dio éste gratis. Tú no sabes apreciarlo. Pero es un tesoro.

CLEIA.— ¡Saca tu tesoro fuera de aquí!

XANTOS. Espera, Cleia... Vas a ver.

CLEIA. ¡Saca fuera de aquí esta inmundicia humana!

ESOP. — Había una zorra que no había visto nunca un león... Un día, se encontró de cara con uno; y como era la primera vez que lo veía, sintió tal pavor que por poco se muere. Al encontrarlo por segunda vez, aún tuvo miedo; pero menos. La tercera vez que lo vio, se atrevió a acercarse y a hablar con el león. Esta fábula nos enseña que nuestros ojos se hacen indiferentes a lo feo, del mismo modo como se acostumbran a la belleza del cuerpo de la mujer querida.

XANTOS.—~ (Tras haber oído, boquiabierto la historia, dándose vuelta hacia Cleia) ¿Qué tal...?

CLEIA. Es gracioso. (A Esopo.) Te consideras un león?

ESOP. Un tigre y una zorra discutían para ver cuál de los dos era más hermoso. El tigre se gloriaba sin cesar de la variedad de su pelaje. La zorra, entonces, le dijo: "Soy más hermosa que tú, porque no tengo los colores variados en el cuerpo, sino en el espíritu."

XANTOS.»» (Boquiabierto como antes.) ¿Qué te parece? ¡Es formidable!

CLEIA. ~ ¿Lo educaron en algún parque zoológico?

ESOP. El pavo real se burlaba de la cigüeña y le criticaba la pobreza de colores de sus plumas: "Yo me visto de oro y de púrpura; tú no tienes nada hermoso en tus alas." La cigüeña, le replicó: "Yo vuelo para cantar cerca de los astros, y, alcanzo las alturas del cielo; tú solo andas por la tierra, llana y entre el barro."

XANTOS.— (A Cleia.) ¿Lo ves...? Es un colega, un filósofo.

ESOP.— (A Xantos.) Te lo ruego; no me llames filósofo. Respetemos las palabras. Apenas si soy un narrador de fábulas.

CLEIA.— (A Xantos, risueñamente sorprendida.) ¡Te da lecciones!

XANTOS. — Me divierte. Dile a Melita que enseñe al etíope donde tiene que alojarse. *Cleia bate palmas. Entra Melita; y al ver a Esopo, no puede reprimir una exclamación de miedo y de horror.*

XANTOS.— (Reprendiendo a Melita.) ¡Melita!

ESOP.—Dójala que se asuste, señor. Estoy acostumbrado a ver el espanto en las caras de todos los que me miran. Cuando me ofrecieron a ti, ¿te acuerdas lo que te dije? Que aunque yo no sirviera para nada, podrías aprovecharme si tenías hijos, como personaje para darles miedo: "Si no os estáis quietos llamo a Esopo para que os asuste..."

CLEIA.. (Sonriendo) ¡Es gracioso!

ESOP. — Si, mujer, sí; soy gracioso. Pero cuando hago reír a los demás no puedes imaginarte lo serio que yo me quedo.

CLEIA ¿De qué?

ESOP. De la fealdad de mi cara y de lo que digo, Ni una cosa ni otra provocan mi risa. No merecen esa demostración de inteligencia.

XANTOS. Por eso me quedó contigo...; porque eres inteligente.

ESOP. ¿Tú te diste cuenta? (*Cleia se rie.*)

MELITA. Pero es tan feo, Xantos. . . ¡los dioses, me perdonen!

ESOPO.— (A Melita.) Te perdonaran. Escucha esta fábula; un hombre pobre tenía una estatua como un dios, a quien rezaba para que le diera la riqueza, como el dios no le atendía, el hombre lo tomó por una pierna y le reventó la cabeza contra la pared. La cabeza estaba llena, de monedas de oro; y el hombre se enriqueció. Los dioses perdonan siempre a los hombres; para eso los inventamos. Si los dioses no existiesen, píonsalo bien quién había de perdonarnos?

CLEIA.~ (A Esopo.) Es ingenioso lo que dices. (A Xantos.) Contesta Xantos quién había de perdonarte?

XANTOS. (A Melita) Fuera hay un eselavo etíope que también es mío. Llóvalo adentro.

Melita, sale por la puerta del fondo. Xantos se da vuelta hacia Cleia.

(Por Esopo.) ¿Ves cómo es inteligente? Durante el viaje, me sacó de muchas dificultades. Y hasta descubrió un tesoro para mí.

CLEIA.— (A Esopo.) ¿Descubriste un tesoro y se lo entregaste a Xantos..? ¿Por qué?

ESOPO. – Era muy pesado. De habérmelo quedado, tenía que cargarle... Dándoselo a tu marido, le obligue a soportar un fardo, como cualquier eselavo. Desprecio la riqueza. Los delficos ¿sabes?, tiran desde lo alto de un precipicio a los que entran en el templo de Apolo a robar objetos de oro. Ese es un castigo que no sufriré nunca. (*Melita entra por la puerta, del fondo, seguida de un enorme negro etíope.*)

CLEIA. (Por el etíope.) ¿Y esto?

XANTOS.— Buena compra, no? (A Esopo, que ha dado un paso atrás al ver al etíope.) No te gusta. ¿eh?

ESOPO.— Prefiero mis animales a los tuyos.

Melita, sale con el etíope por la puerta de la derecha

XANTOS.— (A Cleia.) El etíope azotó a Esopo durante el viaje. .

CLEIA. ¿Lo azotó...? ¿Por qué?

XANTOS.— Yo se lo ordené. (A Esopo.) ¿No fue así?

ESOPO.— Así fue. Y el negro obecio con una inteligencia sorprendente.

CLEIA.— (A Esopo.) ¿Por qué te azotaron?

ESOPO.— Quería ser libre.

CLEIA. ¿intentaste huir?

ESOPO. No. Intenté conseguir que Xantos me libertase.

CLEIA.~ ¿Y él te hizo castigar? (A Xantos.) ¡Es indigno de ti!

ESOPO.~ No señora... No. Es muy digno de él. .

XANTOS. ¡Te hago azotar de nuevo!

ESOPO.— (Con temor.) ¡No...! ¡Por favor, no! Aún tengo el cuerpo herido de los golpes de la flúltima vez. Te lo ruego, señor, no... ¡No!

XANTOS. ¿Temes el dolor? Debía también hacerte estoico.

ESOPO. Es humillante para el espíritu tener el cuerpo castigado.

CLEIA. (A Xantos.) ¿Por qué no lo libertas? No sirve para mucho.

XANTOS. ¡Eso es lo que tú crees! (A Esopo.) Cuéntale, Esopo, como fue nuestro viaje... Cuéntale la historia de la cesta de pan.

ESOPO. Cuando veníamos. Xantos mando que cada uno de los esclavos llevase un fardo. Todos procuraron los fardos menores, en los que había telas, vasos y estatuas. Yo elegí el mayor: una enorme cesta de pan. Todos se rieron de mí, hasta el etíope. Pero el primer día tuvieron que comer pan; y el segundo, también...; y el tercero. En poco tiempo, yo llevaba la cesta vacía, mientras los demás gemían bajo los fardos.

XANTOS. (A Cleia.) ¿Eh...? ¿Qué tal? ¿No es inteligente...? Y lo que antes te he dicho: en el viaje, descubrió un tesoro.

CLEIA.— (A Esopo.) Como lo descubriste?

ESOPO.~En EL camino había un monumento con una inscripción que Xantos dijo era indescifrable. Le preguntó: “¿Le liberto si la descifro?” Xantos contesto que sí y ya leí lo que estaba escrito: “A cuatro pasos de aquí hay un tesoro”. Xantos no quiso creerme: “Como puedo saber si es verdad que la has descifrado?” —me preguntó. Y yo le dije: “Si te lo demuestro, ¿me darás La mitad de lo que encontremos?” Xantos, asintió. A cuatro pasos de allí, abrí un hoyo y encontré un cofre lleno de monedas. Xantos, entonces, me hizo azotar.

XANTOS. ¿Qué necesidad tienes de un tesoro...? ; Ni de ser libre? Ningún placer te consolará ser feo, ninguna riqueza te dará la alegría. Es mejor que yo sea rico y tú seas mi esclavo.

CLEIA. Debías liberarlo. Ni siquiera sirve de adorno a nuestra casa.

XANTOS. ¿Tú también te pones de su parte?

ESOPO. (A Cleia) ¿También tú te pones de mi parte? No debes hacerlo. Yo soy útil, señora. Descubro tesoros, cuento fábulas divertidas, sé resolver dificultades. Un hombre que tenga todo esto en su mano, ¿es capaz de renunciar a tanta fortuna? Además soy feo, no gusto a las mujeres: mis amos no tienen por qué sentir temor de mí. No puedo huir, pues todos me reconocerían. (Melancólico) Pero me gustaría ser libre. No he visto del mundo más que un trémulo reflejo de la vida, a través de mis lágrimas. Por eso estoy siempre triste, y soy desconfiado.

CLEIA. Déjalo libre, Xantos.

XANTOS. (Irritado.) ¿Qué satisfacción encuentras en querer malbaratar mis bienes? ¿Dejar libre a un esclavo...? ¿Qué podría hacer, sin nadie en el mundo? No... (A Esopo aún no estas maduro para la libertad, Sólo cuando aprendas conmigo a ser fuerte, rico, poderoso, podrás afrontar la vida sin extraviarte. (A Cleia) Te dejo querida voy a ver a mis discípulos.

Xantos sale por la puerta del fondo.

CLEIA. (A Esopo.) De modo que quieres ser libre?

ESOPO. Es el derecho a la esperanza, un derecho de los esclavos.

CLEIA. ¿Para qué quieres ser libre?

ESOPO. — Debe haber un lugar en el mundo donde haya un arroyo en el que se pueda beber agua, en el hueco de las manos. Sin que nadie venga a decirnos si es hora de beber o de tener sed... Un lugar, donde los ruidosos no huyan cuando el hombre se acerca. ¿Te has dado cuenta de cómo huyen los animales de la presencia del hombre? Cuanto más conozco a los hombres, más amor siento por los animales. .. Quisiera poder contarles mis fábulas en su lengua, y decirles “¿Sabes, ¡oh lobo!, devorador de corderos; existen unos animales, los hombres, que también se mutan unos a otros. Pero no comen los cadáveres...; los cubren de tierra, para los gusanos. No matan para alimentarse'... Matan por el placer de matar”.

CLEIA. — (Divertida.) ¿Cómo aprenderías EL Lenguaje de los animales?

ESOPO. — ¿No he aprendido ya el de los hombres? Los hombres; hablan y nunca se entienden. Los animales, sí; con un simple grito, dicen: “¡Quiero amar!”, “Tengo hambre”! “¡Viene EL enemigo!”, “;Estoy herido”. Imagínate cuanta sutileza es necesaria en el son para expresar 'todo esto con un mero gorgojo, con tan sólo bramar, o ladrando, con un

arrullo, o "con un" pio pio. Figúrate que tuviéramos un oído tan depurado, que al pronunciar una palabra... —amor—, pudiésemos saborear todos los sonos que la entretejen, los sonos ignorados, los sonos que desperdiciamos con nuestros odios torpes y duros. ¡Ah...! ser libre es oír la voz de la libertad, que canta en todos los sonos.

CLEIA. — ¿Quieres de veras ser libre? Aprovéchate ahora huy

ESOPO. No puedo... Mirame. La libertad es no estar en peligro de ser apresado. La, libertad no es un acto clandestino. Todos han de saber que la gente es libre... Sabero y respetarlo.

CLEIA. — ¡Huye! Le diré a Xantos que yo me dejé libre.

ESOPO. — Xamos te castigaría... y para que haya libertad, es preciso que nadie sea castigado por su causa. Si yo sintiera un sólo remordimiento por mi libertad, no sería libre.

CLEIA. — ¿Qué ingenuo eres!

ESOPO. — Xantos es más ingenuo que yo..." Inventó un mundo de deseos satisfechos, y cree que ese munso existe. Yo soy parecido a ti no me resigno.

CLEIA. — ¿Cómo sabes que yo no me resigno?

ESOPO — Lo veo en tus ojos. A veces, brillan como si hubiese dentro de ti un amanecer de anhelos. Después, su luz languidece como una puesta de sol.

CLEIA. Te prohíbo mirar mis ojos.

ESOPO. — Tienes razón No es justo que mi cara se refleje en tus pupilas. *Cleia baja los ojos, se reclina en el clismos..*

CLEIA. Cuéntame una fabula.

ESOPO. — Un lobo vio un perro muy gordo aprisionado por un collar, y le preguntó "¿Quién te alimenta, así?" "Mi amo, el cazador", —contestó el perro. "Que los dioses me guarden del mismo destino — exclamó el lobo—. "Prefiero el hambre al collar."

CLEIA. — (Riéndose) Le has contado esta fábula a Xantos?

ESOPO. Se la conté... y al terminar me dijo: "¿Qué significa?"

CLEIA. — Cuéntame ahora una para mi.

ESOPO. — Una zorra hambrienta vió un racimo de uvas en lo alto de una parra; quiso alcanzazlo, pero no lo consiguió. Y entonces, se alejó diciendo "Estan verdes."

CLEIA. — Te pregunto lo mismo que Xantos ¿qué significa?.

ESOPO. — Tu no, puedes hacerme esa pregunta. No tienes por qué hacerla. (Por la puerta del fondo entra Xantos rápidamente viene contentísimo.

XANTOS. — (A Cleia) Me alegro de que estes aqui... Y tu también Esopo. ¡Acabo de hacer un descubrimiento en la plaza; un descubrimiento maravilloso. Vas a var... Algo que te va a desconcertar. (Confidencial) Un hombre raro, raro risimo.

CLEIA. — (Despectiva) ¡Bah! Uno de tus descubrimientos.

XANTOS. — Más raro que el de Esopo... Un hombre que desprecia a todos los bienes del mundo, todos los placeres, todos los sufrimientos. (Acercandose a la puerta del fondo) ¡Entra! (Entra Agnostos. Es un atleta brutal, vestido de capitán de los guardias de Atenas, con una gran espada y un escudo.

XANTOS. — (Presentandole a Cleia, y a Esopo.) Mi mujer. . Mi esclavo Esopo. (A Cleia y a Esopo.) Mirad bien a este hombre. Mirale, Esopo... Es más pensador que tú.

CLEIA. (A Agnostos.) ¿Eres el capitán de guardias que ha llegado de Atenas?

AGNOSTOS. — (Apenas con un gruñido.) Hum!

XANTOS. Yo estaba en la plaza con mis discipulos, y he visto a este hombre. He querido

honrarlo, invitándolo. "Extranjero, ¿quieres beber vino conmigo?" Y él me ha contestado...
AGNOSTOS. — (Interrumpiéndole contesta como antes, sacudiendo negativamente la cabeza.) Hum.

XANTOS. — ¿Quieres ver las luchas en el estadio? Y él me ha contestado...

AGNOSTOS. — (Lo mismo que antes.) Hum.

XANTOS. — ¿Quieres ir a los baños? ... ¿Quieres ir al templo de Minerva...? ¿Quieres ver a las cortezanas del barrio de Venus? A todo respondía que no. "¿Qué es, pues, lo que quieres?", le he preguntado al fin. Y él me ha contestado...

AGNOSTOS. — Nada. No quiero nada.

XANTOS. — ¿Qué os parece? ¿No es admirable? Nunca he conocido a un hombre así. He enseñado siempre a mis discípulos que los hombres quieren algo: quieren amor, riquezas, vivir más... Quieren alegría. Y de pronto, doy con este ejemplo excepcional: un hombre que no quiere nada. Ya, lo veis: ni siquiera se siente infeliz... No está desesperado. Está sereno, en calma, como un Dios. Y podría desear muchas cosas porque es joven, es fuerte, es hermoso.

CLEIA. — Sí... Es hermoso.

XANTOS. — Pero no quiere nada. ¿Qué dices de esto, Esopo?

ESOPO. — (A Agnostos.) ¿Te gusta vivir?

AGNOSTOS. No.

ESOPO. — Si te arrancaran un brazo, ¿te pondrías triste?

AGNOSTOS. No.

ESOPO. Si te agujereasen los ojos, ¿te sentirías desesperado?

AGNOSTOS. — No.

ESOPO. — Si te dejaran sordo, ¿enloquecerías?

AGNOSTOS. No.

ESOPO. — Si te azotasen, hasta que tu cuerpo quedase en carne viva, ¿sufrirías?

AGNOSTOS. — No.

ESOPO. — (A Xantos.) Xantos... Este capitán no es más que un hombre que está enamorado, y no es correspondido. Solo cuando le sucede eso se queda tan indiferente un capitán de guardias. Si no fuera así estaría haciendo ya todo lo posible para ser un general.

CLEIA. (A Agnostos, con cierta ansiedad.) ¿Estáis enamorado?

XANTOS. — (Como conformando a Agnostos.) Vamos, amigo, vamos... (Con desden.) ¡Las mujeres...! ¡Bah! ¿Será, tal vez, que las aborreces...? (A un gesto de Cleia) Cleia es un capitán. Los soldados no tienen complicaciones amorosas. ¿No es verdad, amigo...? ¿Qué son las mujeres? Un fenómeno fisiológico... Claro que unas piernas bien torneadas y derechas, y unas caderas que se balancecen como las barcas anheladas en el Pireo, son una tentación. ... hay que reconocerlo. Pero no son más que fisiología... ¿No es cierto, amigo?

AGNOSTOS. Hum.

CLEIA. (A Xantos.) No debías decir eso, teniendo la mujer que tienes.

XANTOS. — ¡Tonterías! Haz que nos sirvan vino, mucho vino. (Cleia bate palmas. Entra Melita)

CLEIA. — Trae vino y copas. (Melita sale y vuelve en seguida con una anfora de vino y copas.

Xantos sirve a Agnostos.)

XANTOS. (A Cleia.) Sí... Tu eres mi mujer. Pero yo hablo desde la órbita de mi filosofía.

Costura, horno y fogon, son el ideal del hogar. Esto se compra y también se compra cuando se va a Corinto, (al placer... Mujeres bárbaras y torpes del norte, de ojos profundos de turquesa, y una pelusa como de oro en toda la piel. Negras etíopes, cuyos besos tienen un sabor de fruta silvestre. Árabes carnosas, maternales, en las cuales el hombre se posa como un gran insecto sobre una flor olorosa de Oriente. Griegas expertas y lozanas que dejan ver más de Safo en sus oídos, mientras te abrazan... (Bebiendo.) Eso son las mujeres.

CLEIA. – No debías hablar así delante de tu mujer, Xantos.

XANTOS. — ¿Por qué...? es un momento de confidencias. (Bebe.) Y tu Esopo, ¿qué dices de las mujeres?

ESOPO. — Para mí, solo son de dos especies: “las que nos hacen sufrir y las que sufren por nosotros.” De las que sufren por nosotros no encontré más que una.

XANTOS. — (Riéndose histéricamente) ¿Esopo... hiciste sufrir a una mujer? ¡Cuenta, cuenta! ¿Quién fue?

ESOPO. — (sencillamente) Mi madre.

XANTOS. – ¡Ah embaucador! Entonces, las demás... no? Oyelo bien, Cleia; oyelo bien, Melita... ¡Esopo sufre! ¿Y por qué no? En el fondo, es un hombre más lleno de deseos que yo, y menos estoico que este capitán. Quieres a las mujeres... y ellas no te quieren. (Bebe.) ¿Qué te parece Melita? ¿Te gusta?

MELITA. – (Indignada.) ¡Señor!

XANTOS. – Sería la unión perfecta: la belleza y el espíritu. El gran ideal de los espartanos.

ESOPO. — No aspiro a tanto.

XANTOS. — ¿A qué aspiras, pues?

ESOPO. – Tu lo sabes. A la libertad. Apenas si a la libertad.

XANTOS. – ¿Qué harías de la libertad, sin el amor?

ESOPO. – ¿Qué harías tú del amor, sin la libertad?

XANTOS. — Tonterías... ¡tonterías! El amor, como tú lo entiendes, no es libertad, sino sumisión. (A Agnostos.) ¿No es verdad, amigo?

AGNOSTOS. — (Bebiendo) Hum.

ESOPO. — Es fantástica la precisión de este capitán cuando argumenta.

XANTOS. – Este hombre es un filósofo. Es un sabio

ESOPO. – ¿Crees que un capitán de guardias puede ser un sabio?

XANTOS. — ¡No me contradigas! (sacando una bolsa de monedas de su cinto.) Toma... vete al mercado y compra, todo lo mejor que haya para un banquete. (A Agnostos.) Quiero honrarte por tu valor y tu sabiduría, compañero.

ESOPO. – ¡Qué curioso...! Los ricos gastan con quien no lo merece el dinero que no han merecido ganar.

XANTOS. — ¡Date prisa, Esopo! Lo mejor que haya. (Esopo sale por la puerta del fondo.)

MELITA. – (Junto a Cleia, por Agnostos.) ¿Es él...?

CLEIA. – Sí, es él.

XANTOS. — (A Agnostos.) Sientate amigo. (Agnostos se sienta.) Mujer: hónralo... Llévalos los pies. (Cleia hace una leve inclinación de cabeza, y sale.) Amigo estás en casa de un filósofo. Mi nombre es Xantos, y tengo muchísimos discípulos entre los estudiantes de Samos. Mi mujer es Cleia. (Por Melita.) Esta es Melita, mi esclava. Quien fue a buscar qué comer es Esopo, que nació en Frigia y es narrador de fábulas (Melita alcanza las copas a Xantos y Agnosto; y les sirve vino. Entra Cleia. Trae una ánfora con agua y jofaina de

bronce que deja en el suelo (Clea se arrodilla delante de Agnostos y vierte agua en la jofaina, despues, le saca al capitan una de las sandalias y empieza a lavarle los pies (Agnostos, bebe.)

CLEIA. — (A Agnostos, en voz alta.) ¿Estuviste en la guerra?

AGNOSTOS. ~ (Lacónico bebiendo vino) Buen Vino Xantos.

XANTOS. ~— Estás en Samos, amigo... La tierra del mas dulce vino que se conoce.

AGNOSTOS. — (Por Cleia que le sonrie.) Hermosa mujer, Xantos. . .

XANTOS. Esta es también una tierra de mujeres hermosas. (Xantos hace una seña a Melita para que le sirva vino al capitan. Melita le sirve)

AGNOSTOS. — (Por Melita) Linda esclava.

XANTOS. — Si no fueras un hombre desinteresado de ñlas cosas del mundo te la regalaría.

CLEIA. (En tanto Xantos bebe.) ¿Regalar mi esclava'?

MELITA. (En son de protesta.) ¡oh, señor!

XANTOS. — (A Agnostos.) ¿Ves...? Tienen miedo. Saben que viven bien aqui. Mi mujer no quiere perder a su esclava ni la esclava quiere perder el bienestar que tiene en esta casa. (A las dos mujeres.) Aprended de Agnostos a despreciar los bienes de la tierra

AGNOSTOS. — (Mirando en torno.) Magnifica casa.

XANTOS. _ ¿Te gusta...? Ictino, que construyó el Partenón de Atenas, la hizo para mi.

CLEIA. — (Bajo a Agnostosgen tanto Xantos se sirve vino.) ¿Te quedarás mucho tiempo en samos?

AGNOSTOS. — Magnifica casa. (A Cleia) ¿Eh...? ¿Hablabas conmigo? He venido a custodiar las cosechas. Cuando las faenas terminen, me iré.

CLEIA. _ (Con ansiedad.) Estarais aqui unos dos meses ¿no? (Clea le ha lavado ya los pies a Agnostos. Le ata de nuevo las sandalias y se pone en pie. Melita retira el anfora de agua y la jofaina.)

AGNOSTOS. ~~ (Sin dejar de mirar en torno.) Magnifica casa.

CLEIA. ~— (A Agnostos, en voz baja.) No me has contestado.

AGNOSTOS. Dos meses. (Entra Esopo trae una fuente cubierta con un lienzo que deja en la mesa. Xantos y Agnostos van hacia la mesa. Xantos hace unaseña al paitan y ambos se sientan.)

XANTOS. — (Decubriendo la fuente) Ah... ¡Lengua! (Empieza a comer las manos y hace un gesto a Melita para que sirva a Agnostos, que se pone también a comer vorazmente dando gruñidos de satisfacción)

AGNOSTOS: Hiciste bien en traer lengua Esopo, es realmente uno de los manjares mas exquisitos (hace un ademan para que le sirvan vino, Esopo le sirve, Xantos bebe)

XANTOS. ¿Lo ves extranjero? Es bueno poseer las riquezas del mundo ¿No te gusta savorar esta lengua y este vino?

AGNOSTOS. (Con la boca llena, comiendo.) Hum.

XANTOS. — Sirve otro plato Esopo. (Esopo sale por la izquierda, y vuelve en seguida con otra fuente cubierta, lo descubre y sirve)

AGNOSTOS: (Con la boca llena) ¿Qué es esto? ¡Ah! Lengua ahumada.

XANTOS: (A Agnostos) Es apetitosa la lengua ahumada, ¿eh?, amigo...

AGNOSTOS: (Mientras Xantos sirve vino) Hum.

XANTOS: (Bebiendo, alegremente con indicios ya de embriaguez.) Reconoce, al menos ¡eh, estoico!, que apensar de despreciar el mundo y sus bienes, no dezdeña el buen vino de

Samos, ni la rica lengua que preparan los pastores de Arcadia.

AGNOSTOS. —(En tanto Xantos indica a Melita que sirva vino.) Hum.

XANTOS. — (A Cleia) Mujer... Podías tomar la lira y contra un poco, con tu armoniosa voz. Así honrarás aún más a maestro husped.

CLEIA. — Prefiero contemplar vuestro banquete, si me lo permites... ¿Por qué no le pides a Esopo que nos cuente una fábula?

XANTOS. — Esopo, trae otro plato. (Esopo sale por la derecha.)

XANTOS. — (A Cleia.) Canta mujer. (Melita, a un gesto de Cleia, tañendo la lira en un suave y simple acompañamiento empieza a cantar. Esopo al entrar se detiene a escucharla).

CLEIA. — (Cantando.) *"Sobre el cuello de Venus, tu boca enmudece. Sobre la piel de Venus, tu piel se estremece. En las manos de Venus, tu mano se enardece. En los brazos de Venus, tu cuerpo languidece. Oid, efebos y eutletas, que me miráis con deseo: Venus, diosa del amor, me ha enseñado su secreto."*

XANTOS. — (Sirviendo vino a Agnostos) Canta bien, ¿no?

AGNOSTOS. — (Con la boca llena) Hum.

XANTOS.—(A Esopo) Sirve el otro plato. (Esopo, sirve.) ¿Qué traes, ahora?

ESOPO. — Lengua.

XANTOS. — ¿Lengua...? ¿No te he dicho que trajeras para mi huésped lo mejor que hubiera? ¿Por qué has traído solo lenguas? ¿Quieres ponerme en ridículo?

ESOPO. — ¿Qué hay mejor que la lengua...? La lengua es lo que nos une a todos cuando hablamos. Sin la lengua, nada podríamos expresar. La lengua es la clave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razón. Gracias a la lengua se construyen las ciudades; gracias a la lengua, decimos nuestro amor. Con la lengua se enseña, se persuade, se instruye, se reza, se explica, se canta, se describe, se demuestra, se afirma. Con la lengua dices: "madre", y "querida". Y "Dios". Con la lengua decimos "sí". La lengua ordena a los ejércitos la victoria, la, lengua desgrana los versos de Homero. La lengua, crea el mundo de Esquilo, la palabra de Demóstenes. Toda Grecia, Xantos, desde las columnas del Partenón a las estatuas de Fidias, de los dioses del Olimpo a la gloria, sobre Troya, desde la oda del poeta a las enseñanzas del filósofo, toda Grecia fué hecha con la lengua, la lengua, la lengua de los griegos bellos y claros, hablando para la eternidad.

XANTOS. — (Levantándose medio borracho, entusiasmado.) ¡Bravo, Esopo! Es la verdad. Nos has traído lo mejor que hay. (Sacándose otra bolsa del cinto y tirandosela a Esopo.)

Vuelve al mercado y traenos ahora lo peor que haya. ¡Quiero conocer tu sabiduría. (Esopo recoge la bolsa de monedas y sale por el fondo. Xantos se da la vuelta hacia Agnostos.)

XANTOS. Dime... ¿No es útil y agradable tener un esclavo como este?

AGNOSTOS. —(Con la boca llena.) Hum.

XANTOS. — (A Cleia.) Bebe tú también, mujer...,que hoy somos felices ¡Bebe! (Hace un gesto a Melita para que se sirva vino a Cleia. La esclava obedece) ¡Bebel...! (A Agnostos.) A mi, caro colega, que soy precisamente lo contrario que tu... a mi, me gusta disfrutar de las riquezas, sean un esclavo, una mujer, o este vino que bebemos... ¡Más vino! (Melita sirve.) ¡Hoy sería capaz de beberme un tonel de vino! (bebiendo) ¿Me acompañarías, filósofo?

AGNOSTOS. — Hum. (Entra Esopo trayendo una fuente cubierta, con un lienzo.)

XANTOS. — Ahora que ya sabemos qué es lo mejor que hay en esta tierra, veamos qué es lo peor, en opinión de este horrendo esclavo. (Levantando el lienzo que cubre la fuente.) ¿Lengua...? (Indignadísimo) ¿Otra vez lengua? ¿Lengua...? ¿No has dicho mostrenco, que la lengua era lo mejor que había...? ¿Quieres ser azotado?

ESOPO — La lengua, señor, es lo peor que hay en el mundo. Es la fuente de todas las intrigas, el principio de todos los procesos, la madre de todas las discusiones. Usan la lengua los malos poetas que nos fatigan en la plaza; usan la lengua los filósofos que no saben pensar, la lengua miente, esconde, tergiversa, blasfemia, insulta, se acobarda, mendiga, impreca, babosea, destruye, calumnia, vende, seduce, delata, corrompe. Con la lengua decimos: “muere”, y “canalla” y “plebe”. Con la lengua decimos “no”. Aquiles expreso su cólera con la lengua; con la lengua tramaba Ulises sus ardidés. Grecia va a agritar con la lengua los pobres cerebros humanos para toda la eternidad. ¡Ahi tienes, Xantos, por qué la lengua es lo peor de todas las cosas!

XANTOS. — ¡Bravo, Esopo! ¡Bravo! (A Agnostos.) ¿Lo ves, colega...? ¿No es maravilloso ser rico y poseer un esclavo como este? ¿No es asombroso? ¡Vino, Melita, vino! (Melita sale por la izquierda, viene con otra ánfora y sirve.) ¡Estoy tan contento, que sera capaz de beberme todo el vino que hay en la tierra! (A Agnostos) Caro filósofo: aqui, frente a ti, hay un hombre que seria, capaz de beberse el mar entero... ¿No crees que soy capaz de beberme el mar entero? AGNOSTOS. — (Con un gesto de negación.) Hum.

CLEIA. — Xantos, Estas borracho.

XANTOS. — ¡Cállate, mujer! (A Agnostos.) ¿No crees que sea capaz de beberme todo el mar? Esopo... Dile que soy capaz de beberme el mar. (A Agnostos.) ¿Quieres el postre? (A Melita.) Sirvele, Melita. (Melita trae el postre y lo sirve. Xantos le hace una seña a Esopo para que sirva vino.)

XANTOS. — (A Agnostos.) Di la verdad: ¿crees que no soy capaz de beberme el mar?

AGNOSTOS. — (Moviendo negativamente la cabeza.) Hum.

XANTOS. — (Exitado y borracho.) ¡Apuesto configo! ¡Apuesto lo que quieras! ¡Mi casa, mi dinero, mis esclavos!... ¡todo! ¿Aceptas...? ¡Vamos, acepta!

AGNOSTOS. — (Afirmativo.) Hum

XANTOS. — Dadme una hoja, dadme con qué escribir. ¿Dudas de la palabra de Xantos? ¡Esopo... Dame con qué escribir!

CLEIA. — ¡Estás borracho, Xantos!

XANTOS. — ¡Calla! (Esopo trae una hoja de papiro y um pincel.) Aquí está... ¿Cuándo, quieres que me beba el mar?

AGNOSTOS. — (Con indiferencia.) Hum, hum.

XANTOS. — (Enardecido por la embriaguez, escribiendo.) “Xantos, el filosofo, se compromete a ir mañana a la playa de Samos y beberse el mar...; Si no lo hiciera entregará todos sus bienes, su casa y sus esclavos, a su amigo...” (Dijando de escribir.) ¿Cómo te llamas?

AGNOSTOS. — Agnostos.

XANTOS. — (Escribiendo.) ...Agnostos”. (Entregándole el papiro a Agnostos.) Toma.

(Agnostos hacee un gesto de rechazo, pero Xantos lo fuerza a tomarlo) ¡Toma! (Agnostos lo toma.) ¡Lo vas a ver, colega! Lo vas a ver... ¿Dónde está el postre? (Esopo se lo sirve.)

¡Ah...! Muy bien. (Xantos y Agnostos, empiezan a comer el postre. Al primer bocado.

Xantos hace una mueca y escupe todo, asqueado.)

XANTOS. — ¿Quién ha hecho este postre?

CLEIA. — Yo, Xantos.

XANTOS. — ¡Es el postre más detestable que he probado en toda, mi vida! Quien ha hecho un plato asi, merece ser quemada en la hoguera.

CLEIA. — ¡Xantos!

XANTOS. – ¡A la hoguera...! (En el paroxismo de la borrachera y del delirio.) ¡Que me traigan leña, que voy a quemar a mi mujer! (Agnostos se pone bruscamente en pie, como iluminado por una idea, repentina. Por primera vez, su rostro tiene una expresión humana, y habla discursivamente.)

AGNOSTOS. —(A Xantos.) ¿Quieres quemar a tu mujer? ¡Espera! ¡Voy a buscar a la mia...; Así haremos una sola hoguera y las quemaremos a las dos! (Abatido de pronto, se deja caer de nuevo en la banqueta, esconde las manos y llora, copiosamente, desentendido ya de lo que sucede a su alrededor.)

ESOPO. – ¡Es la mejor fabula que he conocido hasta hoy!

CLEIA. – (Levantándose y hablándole a Xantos con vehemencia.) ¡No lo soporto mas, filósofo inmundo! ¡Que los dioses te maldigan! (Cleia, con paso presuroso y firme resolución, sale por la puerta del fondo.)

TELON RÀPIDO

SEGUNDO ACTO

El mismo decorado. Luz natural. Al levantarse el telón, estan en escena Xantos y Esopo. Sentado junto a la mesa desesperado, Xantos llora y golpea el tablero con lo puños.

XANTOS. – (Llorando, en plena crisis de desesperación.) ¿Lo ves, Esopo...? Mi mujer se ha ido. ¡Ah, ah, ah...! Me ha dejado, y a mi... ¡A mi! Se ha ido. (Sollozando.) ¡Ah, ah, ah! ¿Qué he de hacer...? ¡Ah, ah, ah!

ESOPO. —“Un ratón se hizo una vez amigo de una rata...

XANTOS. —(Interrumpiendo) ¡Basta de tus malditas historias! Mi mujer me ha abandonado... ¡Te parece que es el memento de contar fábulas de animales?

ESOPO. – Lo que tú digas... No te contaré nada más. (Breve pausa.) ¿Tanto quieres a tu mujer?

XANTOS. — (Entre sollozos.) La quiero, si... Pero no es eso lo que me desespera. Si fuese yo quien hubiera dejado a mi mujer nadie diríanada...; en cambio, cuando es la mujer la que deja al marido, todos se rien de él... ¡Ah, ah, ah! Yo soy un filósofo, Esopo... Nadie debe reirse de mi. ¿Qué debo hacer?

ESOPO. – En general, las mujeres no soportan a los filósofos.

XANTOS. – Esopo... La ciudad entera, va a reirse de mi. ¡Ah, ah, ah!

ESOPO. – La ciudad entera se rie de mi, y no me mortifica.

XANTOS. – Esopo. Dime ¿Qué tengo que hacer?

ESOPO. – Si te lo digo, ¿me libertareis?

XANTOS. –¿Harás volver a mi mujer?

ESOPO. – Si, la haré volver.

XANTOS. – Te liberiaré. ¿Qué he de hacer?

ESOPO. – Dame dinero. (Xantos saca del cinto una bolsa, extrae una moneda y se la entrega a Esopo.)

ESOPO. — Dinero... Mas dinero. Con esto, ninguna mujer vuelve a su casa. (Xantos saca una moneda mas de la bolsa y se la entrega a Esopo.)

XANTOS. – Date prisa.

ESOPO. – (Tendida aun la mano.) Dinero, Xantos. Dame toda esta bolsa. (Toma la bolsa de las manos de Xantos, saca todas las monedas de ahí. Se las pone en la palma de Esopo.)

XANTOS. – ¿Poco...? ¿Me quieres arruinar?

ESOPO. — Dame mucho dinero, Xantos. Todo el dinero que lleves en cima.

XANTOS.— Además de mi mujer... ¿quieres tambien que pierda mi fortuna? (Esopo permanece en la misma actitud, con la mano tendida. Xantos saca de la cintura otra bolsa de monedas y va a entregarsela a Esopo; pero con un vivo movimiento retrocede.)

XANTOS. - ¿Estas seguro de que necesitas tanto dinero?

ESOPO. - ¿Quieres que tu mujer vuelva? ¿O no...?

XANTOS.- ¿No podría volver... por menos? (Xantos va a entregar la segunda bolsa, pero prefiere abrirla y sacar algunas monedas antes de dársela a Esopo)

XANTOS.- ¿No te propones huir con mi dinero?

ESOPO.- (Con la mano tendida para recibir todas las monedas.) Dámelo todo. (A regañadientes, Xantos le entrega a Esopo todas las monedas)

XANTOS.- ¿Estas seguro de que no puede hacerse más barato?

ESOPO.- ¿Tienes aún más dinero encima? (Con un gesto reacio, Xantos le entrega a Esopo una tercera bolsa.)

ESOPO.- Pronto tendrás a tu mujer de vuelta. (Esopo, sale. Xantos, receloso, va de un lugar a otro. Su desconfianza crece. Se acerca a la puerta del fondo, mira, vuelve. A cada instante es mayor su congoja. Bate palmas. Entra Melita)

MELITA.- ¿Me has llamado Xantos?

XANTOS.- Melita... le he dado dinero a Esopo para que haga volver Cleia. ¿No crees que se escapara con mi dinero? Melita... ¿no seria mejor avisar a los guardias de que mi esclavo me ha engañado y a huido? ¿y donde tenía yo la cabeza para no haber pensado en eso?

MELITA. -¿Le has dado dinero a Esopo?

XANTOS .- Se lo he dado... ahora veo que he hecho mal. ¿Es qué va a volver?

MELITA .- No lo sé.

XANTOS. – (Con súbito arrebató, afligidísimo, entre sollozos) ¡Ah! ¡He perdido a mi mujer, mi dinero y mi esclavo! ¡He sido engañado! ¡Me han engañado! ¡Ah Melita! ¿Qué puedo hacer? ¡Ah, ah, ah!

MELITA.- ¿Y si Esopo no volviese?

XANTOS.- Llamaré a los guardias, lo buscare por todas partes. Y cuando lo encuentren lo haré torturar como no fue torturado ningún esclavo (Sollozando) ¡Ah, ah!

MELITA .- (Insinuante) ¿Te gusta todavía tu mujer?

XANTOS .- No se trata solo de mi mujer, ahora es mi mujer, mi dinero y mi esclavo.

MELITA .- Olvida un poco tu cólera. Mírame a mi. Contéstame: ¿te gusta tu mujer?

XANTOS .- Claro que me gusta si no me gustara, no estaría así... (sollozando) Mi dinero... ¡Ah, ah, ah!

MELITA .- Nunca pusiste tu atención en mi Xantos. Pero soy yo quien le peina los cabellos a ese mono que a ti tanto te gusta... Soy yo quien elige sus túnicas y le ciñe los pliegues al cuerpo para que este más hermosa.

XANTOS .- ¿Qué me quieres decir...?

MELITA .- Soy yo quien le enseña los secretos del amor. Cleia no sabía que una mujer a de ser acariciada suavemente, como las cuerdas de arpa. Son misterios que se abren en los besos de Safo y en los jardines de Corinto.

XANTOS .- Por es me gusta ella, aprendió muy bien... y ahora (Sollozando) ¡ah, ah, ah!

MELITA .- Si la perdieses, no lo lamente. Yo conozco el amor mejor que ella... y tu ni siquiera me miras.

XANTOS .- ¿Qué estas diciendo?

MELITA .- A veces cuando te sirvo el vino por encima de tu hombro , pienso que mi perfume te va a hacer volver la cabeza, que tus ojos van a adivinar el temblor de mis senos, que así rozan tu nuca. Pero tu no te das cuenta.

XANTOS .- ¿Me quieres, Melita? Pobre Melita.

MELITA .- Nunca digas pobre a una mujer. De todos los sentimientos, la piedad es el que más nos hiere.

XANTOS .- Entonces, ¿me quieres? Estabas aquí, y no me fijaba.

MELITA .- La caricia que prefieres... la de pasar los dedos por tu cabeza, enredarlos en tus cabellos y deslizarlos por los hombros, fui yo quien se lo enseñó.

XANTOS .- Es curioso, un filósofo solo comprende las cosas del cielo y de las estrellas, y nunca lo que tiene delante. (Volviendo a su obsesión) Mi mujer, Melita... y mi dinero, y mi esclavo. ¡ah, ah, ah!

MELITA .- ¿De qué te sirve una mujer que no te quiere? ¿De que te sirve un dinero que no gozas? ¿De qué te sirve un esclavo que te molesta con sus ironías?

XANTOS .- Melita... Hay que llamar a los guardias, decirles que Esopo me ha robado, que ha huido.

MELITA .- ¿Quién sabe si no habrá huido con tu mujer?

XANTOS .- (Sobre saltado) ¡¿Qué?! (Recobrándose) Imposible.

MELITA .- ¿Cuántas cosas imposibles, como filósofo no has visto ya suceder?

XANTOS .- Es verdad... Es eso. ¡han huido! ¡me han engañado los dos! ¡Ah...! ¡Llama a los guardias! ¡Llámalos!

MELITA .- Deja de que se vayan. ¿Qué pierdes? Una mujer que en vez de quererte, quiere un monstruo.

XANTOS .- ¿Y mi dinero Melita?

MELITA .- Es un precio muy barato para librarte de ambos. Si yo tomase tu cabeza entre mis manos verías como te olvidas de todo.

XANTOS .- (Con repentino arrebató) ¿Acaso puedo olvidar que soy un marido engañado...? ¿Puedo olvidar que mi mujer se ha escapado con un vil esclavo, que ha preferido un hombre horrendo a mi... a mí? ¿Y mi dinero...? ¿Y el ridículo de todo esto? ¡Todo el pueblo de Samos se va a reír del filósofo que más admiraba! ¿Y mis discípulos? Me dejarán, irán a escuchar las lecciones de Crisipo. Cuando me vean pasar, todos dirán: "Xantos, no perdisgite cuernos... luego, los tienes". ¡No, Melita! Mi mujer y mi esclavo, los dos, tienen que ser castigados. Llama a los guardias. Dile al etiope que prepare el vergajo. MELITA. — ¿Es tan sólo esto lo que deseas que haga? ¿No quieres nada más de mí?

XANTOS. — (Con su idea fija) ¡Es imposible! ¡No puedo creerlo, no puedo, no puedo...! (Xantos se golpea la cabeza con los puños. Pero significativamente, se calma y mira a Melita como si acabara, de ocurrirle una idea.)

XANTOS. — ¡Espera! ¿Ella prefiere un esclavo que a mi...? ¡Pues yo le demostraré que prefiero una esclava a ella!

MELITA. — ¡Xantos! (Melita tiende los brazos a Xantos con un gesto de entrega. En ese momento, Esopo entra por la puerta del fondo. Viene cargado de fardos: escarcelas, estatuillas, tehidos y sandalias, que tira triunfalmente en el suelo.)

ESOPO. — ¡Ya está!

MELITA. — (Con áspera sorpresa.) ¿Has vuelto?

XANTOS. — ¿Y mi mujer?

ESOPO. — No he visto a tu mujer. Pero he comprado todo esto.

XANTOS. — ¿Con mi dinero...? (Indignadísimo) ¡Con mi dinero!

ESOPO. — Para tu casamiento.

MELITA. — ¿Sabías que Xantos va a casarse? Eres mejor de lo que yo pensaba.

XANTOS. — ¿Por qué has gastado todo mi dinero en estas tonterías?

ESOPO. — ¡Mira, Xantos! No son tonterías. Mira... Tejidos finos de Cartago. (Empieza a sacar y tirar lo que hay en las bolsas.) ¡Collares...! ¡Brazaletes...! ¡Estatuillas de Tanagra! Sandalias leves, de cuelfio de gacela. Hilos dorados para la cintura.

XANTOS. — (Cólerico.) ¿Para qué?

MELITA. — (Sin dejar de hablar a Xantos.) ¡Ha hecho bien! (Tomando una joya, un tejido.) ¡Qué lindos son! (probandoselas en su cuerpo) ¡Qué hermosas!

XANTOS. — (A Esopo.) ¿Por qué has hecho esto?

ESOPO. — Toda la ciudad sabe que te vas a casar.

XANTOS. — ¿Dicen en la ciudad que me voy a casar?

ESOPO. — En cada lonja, a cada mercader a quien le hacia una compra, oia la misma pregunta: "¿Para qué son estos ricos tejidos, Esopo? ¿Y esos brazaletes? ¿Y esos perfumes?" Y yo respondia: "¡Son para mi amo, que se va a casar!" _

XANTOS. — (En el paroxismo de la indignación) ¡Es el colmo! Voy a hacerte azotar hasta que...

MELITA. — No lo castigues... Se ha dado cuenta de lo que iba a suceder.

XANTOS. — ¿Cómo quieres que no lo haga, azotar? Me ha pedido dinero prometiendome que haria volver a mi mujer y en vez de hacerlo, ha salido por la ciudad a comprar comprar cosas inutilles.

MELITA. — No son inutilles, Xantos. Nos van a hacer falta.

XANTOS. — (A Esopo.) ¡Seras castigado como nunca lo fuiste! Por qué no has buscado a mi mujer, como me prometiste?

ESOPO. — No era necesario.

MELITA. — (A Xantos.) No, no era necesario. (A Esopo.) Eres inteligente. Haré todo lo posible para que Xantos te liberte.

ESOPO. — Xantos prometió libertarme. Cumplirá su promesa.

XANTOS. — Te lo prometí, si hacias volver a mi mujer.

ESOPO. — Lo vas a ver.

MELITA. — Cleia no tiene ahora por qué volver. (Por la puerta del fondo, entra Cleia, indignada, que se dirige a Xantos.)

CLEIA. — ¿Me han dicho que te vas a casar? Toda la ciudad comenta, que preparas un

ajuar de casamiento. (Viendo las joyas, telas y perfumes en el suelo.) ¿De modo que es verdad?

ESOPPO. — (A Xantos.) Prometí que haría volver a tu mujer. Aquí la tienes. Dame mi libertad, Xantos.

XANTOS. — (Sin escuchar a Esopo, A Cleia.) ¡Has vuelto! ¡Oh, has vuelto! (Melita esconde la cara entre las manos y solloza.) ¿Por qué lloras, esclava?

ESOPPO. — De alegría, porque tu mujer ha vuelto. (A Melita) ¿No es así, Melita? ¡Pobre Melita! Qué buen corazón tienes, qué encariñada estas con tu ama... Ni siquiera te pasa por la imaginación conseguir tu libertad. (A Xantos.) Aquí está tu mujer, Xantos. Bastó anunciar que ibas a casarte, para que viniese... ¿No te alegrará?

XANTOS. — ¡Me alegra, sí! (Tendiéndole los brazos a Cleia.) ¡Ah... Cleia. Cleia! Felizmente, has vuelto.

ESOPPO. — (A Xantos.) Dame ahora, mi libertad.

MELITA. — (Dolida) Pide ahora tu libertad, esclavo... ahora que yo iba lograr la mía. (A Cleia Si no hubieses venido, tu marido me hubiera tomado como esposa. (A Esopo.) ¡Esto es lo que has arreglado con tus mañas! (A Xantos.) ¡Quedate con ella! Desde hoy, no podrás decir que se quedó contigo por amor... sino por tu dinero. ¡Quédate con la mujer que pagas! ¡Quédate con la, esposa, que se embellece para gustar al capitán de guardias! CLEIA. — ¡Melita! (A Xantos.) No la creas... Habla así por despecho. (A Melita.) ¡Retírate!

ESOPPO. — ¡Pobre Melita! No supiste elegir un buen camino para lograr tu libertad.

MELITA. — (Yendo hacia le mutis, entre sollozos) ¿Crees que tu eres más noble? Xantos decía. hace un momento que tu habías huido con su dinero y con su mujer. (Melita sale por la puerta de la derecha.)

ESOPPO. — Xantos... ¡Dame mi libertad!

XANTOS. — Luego hablaremos de eso.

ESQPPQ — Xantos cumple tu palabra.

CLEIA. — Nosotros te estimamos, Esopo. ¿Por qué quieres irte?

ESOPPO. — Porque yo también me estimo. ¡Mi libertad, Xantos!

XANTOS. — Cleia tiene razón.

ESOPPO. — Me lo prometiste, Xantos.

XANTOS. — Tu no crees en augurios; pero yo sí. Yo, creo. Sólo serás libre si eso fuera de buen augurio para mí. (Señalando la puerta del fondo.) Ve a aquella puerta... Si llegas a ver en el cielo a dos grajos volando, eso significará que los dioses desean que te liberte; si los grajos no parecen, será señal de que los dioses no quieren que yo te deje libre por ahora. Vé a la puerta.

ESOPPO. — (Yendo hacia la puerta.) ¿Por qué haces que un acto de justicia tenga que depender de la casualidad? Debias cumplir tu palabra aunque los dioses te la vedasen.

XANTOS.— Si los dioses están contigo, te libertaré. (Esopo se encamina, hacia la puerta, y queda en la parte de fuera, mirando a un lado y a otro del cielo.) (A Cleia.) ¡Cleia.....! ¡Qué bien que hayas vuelto! ¡Qué alegría, verte otra vez aquí, tenerte cerca, mirarte cuando quiera! (Esopo, desaparece.) Bésame.

CLEIA.— (En tanto Xantos la atrae hacia sí.) Estos regalos... ¿son míos?

XANTOS. — Si, son tuyos. Bésame, Cleia. (Se besan, fuera se oyen risas. Ellos se separan.) Se rien.

CLEIA. — Se rien.

XANTOS. — Se rien de Esopo porque es feo.

CLEIA.— Se rien porque les ha contado alguna fábula.

XANTOS. – No. Rien porque están contemos... Ese es el motivo que hace reir a los hombres. Las fábulas de Esopo, su fealdad, no son más que un pretexto. Cuando estaomos contentos, cualquier pretexto nos hace reir.

CLEIA. – Esopo no te es simpático. No lo Puedes disimular.

XANTOS.— No sé por qué... Pero no se puede sentir simpatia por quien tiene razón.

CLEIA.— Si Esopo tiene razón. ¿por qué no lo dejas libre?

XANTOS.— No está aún maduro para La libertad.

CLEIA. – Te parece mejor que arda con cadenas?

XANTOS. – ¡¡Cleia...! ¿Tu le tienes afecto, no?

CLEIA. – Si... en cierto modo. (Fuera se oyen nuevas risas.) ¿No oyes? Esopo sabe hacer reir. Por eso me gusta.

XANTOS. – ¿Y yo no te hago reir?

CLEIA. – De otra manera. Cuando me rio con Esopo rio de lo que dice. Contigo, me rio de lo que no has dicho. Es decir... me rio de lo que has dicho. Pero no es lo mismo ¿lo comprendes ?

XANTOS.— No... No comprendo.

CLEIA. (Riéndose.) ¿Ves...? De eso es de lo que me rio.

ESOP.— (Entando ¡Xantos! Mira... ¡Dos grajos en el cielo...! ¡Ven aprisa, Xantos! ¡Ven a verlos! (Dándose vuelta, ve a Xantos y a Cleia, que de nuevo se abrazan y se besan.) ¡Por los dioses, Xantos! (Mira otra vez el cielo y se sobresalta.) ¡Xantos, por Jupiter, ven a ver...! ¡Allá lejos, dos grajos, casi en el horizonte! (Impaciente, corre hacia Xantos y lo sacude interrumpiendo el beso.) ¡Ven a ver, Xantos! (Llevandolo hacia la puerta.) ¡Mi libertad, loado sean los dioses! (Señalando un punto lejano.) ¡Mira, Xantos!

XANTOS.— (Miranda al cielo.) No veo nada...

ESOP.— Alli, alli, junto al horizonte.

XANTOS.— Veo solamente un grajo volando. Ven a ver, Cleia. (Cleia se adelanta, hacia, la puerta.) ¿No es uno solo?

ESOP.— ¡Te juro que eran dos, Xantos. Has tardado tanto, que uno ha desaparecido.

XANTOS. – (A Cleia.) ¿Ves dos grajos en el cielo?

CLEIA.— No.

XANTOS. – (A Esopo.) Los dioses no quieren que te liberte. (Esopo se apoya en la puerta, abrumado y vencido.) Tengo que ir con mis discipulos... Bésame, Cleia. (Cleia le ofrece la mejilla. Xantos la besa y sale. Una pausa.

CLEIA.— (A Esopo.) ¿Estás llorando? ‘

ESOP.— No.

CLEIA. –Tieneg lágrimas en los ojos.

ESOP.— De tanto mirar el horizonte. Olvidé que no debía mirarlo. Los hombres como yo, no deben mirar el horizonte. Deben andar con los ojos bajos.

CLEIA.— (Tras una pausa.) ¿Sabes por qué he vuelto?

ESOP.— Porque... porque quieres a tu marido.

CLEIA. – ¿Nada mas? Mirame bien, Esopo.

ESOP.— (Sin mirarla.) Ya te he dicho que debo andar con los ojos bajos.

CLEIA. – (Dulcemente imperiosa.) Mirame.

ESOP.— No... Ni tu me mires tampoco. No es decente. Soy feo... Soy horrendo.

CLEIA.— Mirarne bien, hombre horrendo. ¿No ves que eres hermoso, reflejado en la luz

de mis ojos?

ESOPO.— Que los dioses te los bendigan, Cleia. Pero no busques que yo los entienda.

CLEIA. – Los entiendes, si. No eres más que feo. No eres imbécil.

ESOPO. – Si, Cleia... Soy un imbécil.

CLEIA. – No lo eres... Y mi nombre, como sabes, significa gloria.

ESOPO.— No quiero la gloria. Quiero la libertad.

CLEIA.— Xantos no te dará nunca la libertad. ¡Nunca! (Breve pausa.) Véngate de él...
Tómame en tus brazos. Quíereme.

ESOPO.— No puedo. Soy su esclavo.

CLEIA. – ¿Tu alma no es libre...? ¿Tienes prejuicios de casta? Para mi, no eres esclavo.

ESOPO. – Eres la mujer de mi amo.

CLEIA. – Soy la mujer de un hombre que he hecho azotar, que te desprecia, que te tortura, que te humilla. Hazme tuya. Vamos, estúpido, véngate de Xantos

ESOPO. – No, Cleia. Tengo una venganza mejor. La de no querer. La zorra, mirando las uvas en lo alto de la parra, dijo que estaban verdes, porque no podía alcanzarlas.

Imaginate ahora las uvas, maduras y dulces, al alcance de la zorra, ofreciéndose...

imagínate también que la zorra las rechazara, y que las uvas, entonces se pusieran verdes de odio, verdes por el desprecio, verdes del impudor de su apetitosa madurez desdeñada. Esta es la venganza. Me vengo así de Xantos. No te quiero... Tú, tan hermosa; tú, la gloria; tú, la deseada, la mujer de mi amor... ¡no te quiero!

CLEIA.- ¡Tonto! Yo convencería después a Xantos para que te dejara libre. ¿No quieres la libertad?

ESOPO.— Así no, Cleia. La libertad es limpia, y sólo debemos tocarla con las manos limpias.

CLEIA. — ¿Prefieres ser esclavo?

ESOPO.— Si.

CLEIA.— ¿Esperas que Xantos te liberte un día por tus buenas acciones?

ESOPO.— Si.

CLEIA.— Cuanto mejor seas para él, más útil le serás y más empeño tendrá en tenerte como esclavo. Sólo nos deshacemos de lo que es inútil.

ESOPO. – En ese caso, seré útil para él... e inútil para ti.

CLEIA.— ¿Rehusas?

ESOPO. Rehuso.

CLEIA. – (Tras una breve pausa con vehemencia.) No, Esopo... No. Te lo ruego... te lo suplico. Quiero reparar con un instante de mi cuerpo todas las injusticias que has sufrido. Hazme tuya... Bésame. Mereces un grano de placer de esta vida que ha sido contigo tan cruel, haciéndote feo, esclavo e inteligente. Hazme tuya, Esopo.

ESOPO.—(Tendiendo sus manos, las palmas hacia arriba.) Estas manos, ¿tú ves?, se han endurecido en el trabajo y han perdido el tacto para el amor. Este cuerpo tiene cicatrices del vergajo... Mi carne es una sola, herida, tantas veces la vida y los hombres la han abrumado a golpes. ¿Qué goce encontrarías en abrazarte a una llaga, en besarla con tus labios, en apretarla contra tus senos? No habría nada de hermoso en eso, Cleia. (Breve pausa. Con súbita y velada ilusión) Muchas veces, ¡muchas!, lo he pensado, si; y me he dicho “¿Quién sabe...?” (En tono grave, ensimismado y reflexivo.) ¿Quién sabe si alterada la decencia, acallados los escrúpulos, olvidado de que soy un esclavo que cuenta fábulas de animales para mejorar a los hombres, ¿quién sabe si no te haría mía? Mi carne ha

aprendido a sufrir bajo el látigo; y apenas se siente tocada, grita: "¡Aquíéntate inbéci! Nada de deseos... Nada de dolor." Sin eso, ¿quién sabe si mi cuerpo tendría aún sensibilidad para gustar del tuyo, como dos bestias jóvenes que se encuantran en un oscuro del bosque, y se aman..., para seguir después cada cual su camino?

CLEIA.— (Conmovida.) ;¿Por qué no ha de ser así?

ESOP.— Porque hay dentro de mi algo que el vergajo no ha podido arrancar, algo sutil, imponderable, que hace más duros los catigos u alza lo irreparable frente a todos los placeres.

CLEIA.— ¿Y qué es?

ESOP.— (Hondamente) El remordimiento, el remordimiento, querida mía, lejana amante imposible. El remodimiento que nos hace buenos; pero que no hace el mundo amable para nosotros. El remordimiento, que nos hace bajar los ojos al simple ofrecimiento de placer, a unos labios que casi se nos entregan, a unos ojos que casi nos apresan como si fueran manos... (patético) Es esto, cleia. ¡Esto, sólo esto! Apártate, apártate de mi, ¡oh hermosura de aurora, soplo del viento del mar, luz del sol sobre los mármoles del templo, agua fresaca al borde del camino! Apartate de mi, cantar de los pajaros, blanco navío envuelto en lejanía, estrella fugaz... Apártate, apártate, amor, vida... para que yo siga siendo yo mismo... Yo, solo.

CLEIA.— (Acariciándolo.) Pobre Esopo. Nada te separa de la belleza. Aquí está, contigo. Tómalas. (Con súbito arrebató, con trémula ternura, Esopo le acaricia el rostro y los cabellos, como si Cleia fuera un idolo o un niño. Pero, de pronto, se estremece y tiembla, retira bruscamente sus, da un paso hacia atras.)

ESOP.— No.

CLEIA.— ¿Nada mas?

ESOP.— Nada mas.

CLEIA.— (Tras una pausa.) ¿Sabes que Xantos va a hacerte azotar?

ESOP.— ¿No perdona, cuando alguien le rehusa su mujer?

CLEIA.— Soy yo quien no perdona. (Brave pausa.) Voy a decirle...

ESOP.— (Interrumpiéndola.) ...que me he atrevidio contigo; que te he hecho proposiciones, que me has rechazado y que exiges el desagnavio a tu honra.

CLEIA.— Eres inteligente. Eso es lo que voy a hacer.

ESOP.— Las mujeres sois así. Ahora, yo he pasado a ser las uvas; y tu, la zorra. Estoy verde... No pierdas tu ocasión. Véngate.

CLEIA.— Me vengaré, si... por ser tan tonto. Eres esclavo, eres feo... te ofrezco el placer y lo desdeñas. ¡Merces el castigo! (Por la puerta del fondo entra. Xantos apresuradamente.)

XANTOS.— ¡Esopo...! ¡Esopo! ¡Salvame, Esopo! ¿Te acuerdas de que ayer me emborraché con aquel desconocido...? ¿Te acuerdas de que le dije que seria capaz de beberme el mar entero? ¿Te acuerdas de que escribi y firmé que si no lo hacia mi casa seria, suya...? Ahora exige que cumpla lo que le prometí les ha enseñado a todos mi escrito...; y todo el pueblo de Samos está reunido en la plaza, esperando que yo me beba el mar. ¡Se rien, Esopo...! Se rien de mi, se rien a carcajadas.

ESOP.— ¿No sabes soportar la risa? Todosa los dias se rien de mi en mi cara.

XANTOS.— ¿Qué he da hacer, Esopo? (Sollozando.) Mi casa, mi jardin, todo... ¡Qué puedo hacer?

ESOP.— Bébetel mar, Xantos.

XANTOS.— ¡No es momento para bromas! (Amenazador.) Dime lo que he de hacer,

porque si no...

ESOPO.— (Cruzándose de brazos) ¿Me harás azotar...? Pues bien: no sé lo que has de hacer... Llama al etiope. (Breve pausa.) ¿Qué esperas?

CLEIA. (Que ha penmanecido aparte.) Si, Xantos. Hazlo azotar.

ESOPO.— (A Xantos.) Si te digo lo que tienes que hacer, ¿me libertarás?

XANTOS.— Lo juro.

CLEIA.— Hazlo azotar, Xantos. Tortúralo ¿Sabes lo que ha hecho? Me ha querido seducir con agasajos. Me ha dicho que si yo era suya, él se sentiría vengado de ti.

XANTOS.— (Estupefacto, a Esopo.) ¿Tú...?

ESOPO.— Es la verdad, filósofo. Arranca a tu sabiduría la única inspiración que los dioses ponen en tu cabeza: la cólera.

CLEIA. – Xantos... ¡Me ha insultado a mi, a tu esposa!

ESOPO. – (A Xantos.) Azótame. Golpóame, sobre todo la cabeza, para que me vuelva idiota y ya nunca jamás pueda encontrar una solución para, tus dificultades. ¡Vamos...! Hazme apalear. Y luego, véte a beber el mar si no quieres perder todo lo que tienes.

CLEIA.— Esta es el arma que tenía contra ti, Xantos. Sabia que lo ibas a necesitar, y ha venido a cobrarse el precio en mi, ¡en tu mujer!

ESOPO.— (A Xantos.) ¡Vamos decidete!

XANTOS.—(A Cleia, indeciso.) ¿Y nuestra casa, Cleia?

ESOPO.— (A Cleia.) Irás a vivir a la interperie con tu filósofo. Va a ser bueno para él... Tal vez consiga parecerse a Diógenes. (A Xantos.) ¿Por qué no te vas a vivir al tonel que te bebiste ayer?

XANTOS.— (Suplicante, las manos en la cabeza) ¡Mi casa...!

CLEIA. – ¿Qué vas a hacer, Xantos? ¿No nace de tu cabeza ni una sola idea?

XANTOS.— ¿Crees que mi cabeza es la de Jupiter, de la que nació Minerva?

CLEIA. – Xantos, busca, una solución, demuéstrole que no lo necesitas... ¡Ponle los cepos, rómpele los huesos!

XANTOS. – (Transtornado) ¿Una solución...? ¿Cuál, mujer? Yo soy un filósofo, no entiendo de las cosas prácticas de la vida... ¡Tú tienes la culpa de que me haya pasado esto!

CLEIA. – ¿Yo...? ¿Por qué?

XANTOS.— ¿Por qué no me impediste beber? ¿Por qué me dejaste recibir a ese desconcido? ¿Por qué le honraste, lavándole los pies? (A Esopo.) ¿No es así Esopo? (A Cleia.) Tú eres demasiado amable con todos.

ESOPO.— Cleia no es precisamente una mujer amable.

XANTOS. – Si, lo es... Es amable con todo el mundo. (Lloriqueando.) ¡Mi casa, Esopo!

ESOPO. – ¡Bébetelo mar, Xantos!

XANTOS.— Esopo... Lo que le hayas dicho a mi mujer, ¿sabes... ? Nada ha sido una de tus bromas, ¿no es cierto? Ha sido una fábula, lo sé.

CLEIA. – (Con vivo tono de reproche.) ¡Xantos!

XANTOS.— (A Cleia.) ¡Sí, sí...! ¡Ha sido eso! Conozco bien a Esopo; es así, bromista. Pero incapaz de hacer una cosa, fea.

ESOPO.— Bébetelo mar, Xantos.

XANTOS. (A Esopo.) Tu sabes la admiración que te tengo, y sabes lo que vale ser admirado por un filósofo... Tú eres un poeta, el mas grande de los poetas griegos, mas grande que Pindaro... más que Homero.

ESOPO. – ¡Bébetelo mar, Xantos?

XANTOS. – A un poeta le estan permitidas ciertas licencias de palabra, ciertas imágenes.

CLEIA. – Esopo, aquí, no es un poeta... Es un esclavo.

XANTOS.— (A Cleia.) ¿Qué entiendes tu de poesia? (Dandose vuelta hacia Esopo, buscando su complicidad) La poesia es para los hombres, ¿no es verdad, Esopo? Nosotros sabemos el valor de un verso, de una frase elocuente. Tus fábulas, por ejemplo...

ESOPO. – ¡Bébetelo mar, Xantos!

CLEIA. – Este esclavo te ha traicionado. ¡Exijo que le castigues!

XANTOS.— (Interrumpiéndola, impidiéndola hablar.) ¡Estas exagerando, criatura de Júpiter! No ha traicionado nada.

CLEIA. – (A Xantos.) ¡Cochino! ¡Cobarde!

XANTOS.— ¡Cállate mujer, si no quieres que te haga azotar a ti...! Esopo, te lo ruego, ¿qué debo hacer para no perder mi casa? Esopo... Nosotros hemos sido siempre tan amigos, hay una tal comprensión de nuestras almas... ¡Eres mi mejor amigo!

ESOPO. – ¡Por todos los dioses, Xantos! Soy el más grande poeta de Grecia, soy incapaz de seducir a tu mujer... y acabará también pareciéndote que no soy tan feo.

XANTOS.— ¡Y no lo eres, esa es la verdad! Con nuestra convivencia, he ido viéndote mejor, admirando tus rasgos, analizándolos... He observado tu nariz clásica, griega, greguísima; la línea de tus labios, el diseño espiritual de tus cejas, la gracia de tu porte... y he llegado a la conclusión de que eres hermoso. Es más... Tu belleza es difícil, es rara, una de esas bellezas que solo personas de gusto exquisito pueden apreciar, como algunos contornos de las estatuas de Fidias, algunas armonías del Partenón, un cierto no sé qué de las obras de Praxiteles... (Contento de su hallazgo.) ¡Esto es! Del Apolo de Praxíteles...

ESOPO. – (Estallando.) Bébetelo mar Xantos. El mar entero... y ni siquiera eso castigará, tu descaro. ¡Mirame bien! ¿Yo un Apolo? ¡Yo...!

XANTOS.— Quizá haya exagerado un poco. Pero...

ESOPO.— ¡Soy feo! ¿Me oyes? Feo, lo que se dice feo... Feo hasta llorar, cuando me veo en los espejos. Soy horrendo, monstruoso... Soy hijo de la hidra, de la quimera, del minotauro, de cuánto la maravillosa Grecia ha podido crear de feo.

XANTOS.— (Suplicante, sollozante) ¡Mi casa... mi casa!

ESOPO.— Pero no te engañes... Mi fealdad no impide que algunas personas puedan sentir piedad por mí... y simpatía, y hasta amor. ¿Sabes por qué? No lo sabes, filósofo; y voy a decírtelo... Porque hay quienes son por dentro tan feos como yo lo soy por fuera. ¡Bébetelo mar, Xantos, para ahogar la fealdad que tienes en el alma!

XANTOS.— ¡Te liberto...! Si me dices lo que he de hacer para no perder mi casa, te doy la libertad.

ESOPO.— ¿No es lo que me darías si te dijera lo que has de hacer para no perder a tu mujer?

CLEIA.— (A Esopo.) ¡No me ofendas más, Esopo! (A Xantos.) ¡Dejas que este monstruo me desprecie...? ¿No te das cuenta de que me humillas?

ESOPO. (A Xantos.) Si no me haces azotar, es porque finges no creer lo que tu mujer te ha contado de mí... Serás un hombre sin honor. Elige: ¿qué quieres? ¿Tu casa o tu honor?

XANTOS. – (A Esopo, por Cleia.) ¡Te juro que no le creo! Tú sabes cómo son las mujeres... A lo mejor es ella misma la que te dice cosas.

ESOPO. (Con sorpresa.) ¿Cómo? (Breve pausa) En fin, Por algo eres filósofo.

CLEIA.— ¡Me estas insultando, marido! ¡Todos me insultan!

XANTOS.— Esopo... ¿No quieres tu libertad?

ESOPO. – Xantos... ¿No quieres tu honor?

XANTOS. – Escucha, Esopo, mi mejor amigo... Escúchame.

ESOPO.— (Airado.) ¡No vuelvas a llamarme hermoso! No me injuries.

XANTOS.— Escucha... Admitamos que tu la hayas... cortejado. Al fin y al cabo, eres un hombre, ¿no? Soy yo quien debía ser más prudente... ¿Comprendes? Cleia ya me lo ha contado, tú no lo volverás a hacer, es asunto concluido, y lo damos todo por olvidado. ¿No te parece? (Con brusca transición) ¡Mi casa, Esopo...! ¡Mi casa!

ESOPO.— ¿Y si te dijera que ha sido ella, la que ha querido seducirme? (A una mirada de Cleia) ¡Ella, si!

CLEIA. – insolente!

ESOPO.— (Apuntando a Cleia con el índice) ¡Ella!

XANTOS.— No es posible.

ESOPO.— ¿Por qué no es posible?

XANTOS.— Porque tu eres feo.

ESOPO.— Entonces... ¿soy lo bastante hermoso para defender tu casa y demasiado feo para. Acostarme con tu mujer?

XANTOS. (Desconcertado, a Cleia.) ¿Has hecho lo que dice Esopo?

CLEIA.— ¿Y si lo hubiera hecho?

XANTOS.— ¿Y si lo hubiera hecho? No... No. No lo creo. Habrá sido una locura, un momento de tontería, de devameo... o de pura broma. ¿No es así, Esopo? ¿No es así querida? Asunto terminado... No se piense más en eso.... Acabado. (Con brusca transición.) ¡Mi casa, Esopo! Esto es lo que importa... ¿Qué he de hacer...? Dímelo, y te daré tu libertad.

ESOPO. – No quiero mi libertad, ahora. Sería demasiado sucio. Voy a decirte lo que tienes que hacer para salvar tu casa. Voy a decírtelo gratis.

XANTOS.—(Con ansiedad, restregándose las manos.) ¿Cómo es...?

CLEIA.— (Con un gemido de humillación.) Xantos, no aceptes.

XANTOS. – (A Oleia, violento) ¡Calla! (A Esopo.) Habla.

ESOPO. – Vete a la playa... preséntate ante el pueblo. Dile que prometiste beberte el mar y que cumplirás tu promesa. Bébetelo el mar, Xantos.

XANTOS.— ¿Beberme el mar?

ESOPO. – Prometiste beber el mar... Ratifica tu palabra: el mar. Pero solo el mar... No las aguas de los ríos que van hacia, el mar. Tienes que decir: "Separen las aguas de los ríos de las aguas del mar, yo me beberé toda el agua, que el mar tenga".

XANTOS. – (Como iluminado.) Y como nadie puede hacer esto, el capitán de guardias no podrá reclamar mi casa... ¡Qué idea! ¡Qué falbulosa idea! Voy ahora mismo... ¡Ya!

(Disponiéndose a salir.) Qué cara van a poner, ¿no?

CLEIA. – (Deteniéndolo) Xantos... (Por Esopo.) ¿No vas a ordenar que lo azoten?

XANTOS.— ¿Azotarlo...? (Mirando a Esopo.) ¡Pobre! ¿Por qué?

CLEIA. – ¡Ah...! ¿No vas a hacerlo? (Con brusca cólera.) ¡Puerco! Me iré de aquí para siempre... ¡Quédate con tu esclavo, Xantos! (Cleia, sale. Xantos y Esopo se miran. Xantos inmóvil un instante, va hacia gongo, toma la maza y lo golea. El esclavo etiope aparece)

XANTOS.— (Al etiope, Por Esopo.) Azota a este hombre. Xantos, sale.

CAE EL TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo decorado en el escenario, Melita y el Etiope. El esclavo está en pie, con los brazos cruzados, en medio de la sala.

MELITA.- Tu no me comprendes etiope; pero yo te comprendo. (Acomoda una jarra y se da vuelta, luego hacia el etiope) ¿Me comprendes? (El etiope permanece imposible.) Cambias de amo y no discutes lazrmes. Obedeces. Yo hago lo mismo, ¿sabes? Con una diferencia: yo, espero. Esopo, no. Esopo, desespera. No quiere más que ser libre. Yo quiero ser libre, rica y querida. (Brave pausa.) ¿Tu no eres así, no deseas nada....? En tu país, entre los tuyos, cuando eras libre, ¿qué hacías? Luchabas contra un león y lo matabas. Dabas cara a las fieras, con solo una lanza en la mano... ¿Y ahora? Nada...Nada. Ni un gesto de rebeldía. ¿Sera que tú eres así? Aunque nadie lo sospeche en tus ojos, ni en un frunce de tu boca, ¿no hay dentro de ti una voluntad de ser libre, de saltar fuera de este círculo de marmoles de una ciudad que desconoces y que odias? (Breve pausa) O quien sabe si te consuela la venganza, de amarrar a Esopo, desnudo, un poste, y rajarle las espaldas con un latigo. Es curioso... Acaba gustando eso de provocar el dolor, ¿no? Eso de sensación de poder. (Breve pausa.) Pero el poder no es eso. Poder es amar. ¿Tú has querido ya, etiope? Tiene que ser gracioso ver como quieres...¿Sabes querer, tu? (Levemente, el pecho del etiope se sbomba; y las aletas de la nariz, tiemblan.) ¿Sabes cómo se toma una mujer en los brazos? ¿Sabes rodearle la cintura con un solo brazo, dejando el otro libre para las carías...? (El pecho de etíope se hincha; sus aletas vibran.) No, tú eres un salvaje. Quizá seas en el amor, hermoso como un potro violento...pero no debes saber esperar a que la mujer se desmaye sobre tu pecho, como una rosa exhausta. (El pecho del etiope se hincha; las aletas de su nariz, vibran.) La civilización no es más que esto, etiope: un refinamiento en los placeres de la sangre. Ya lo sé: no me comprendes... ¡Torpe! Tu tacto debe ser pesado como una piedra. Tus musculos no saben amoldarse a un cuerpo femenino como si fueran un gran lienzo de carne. Tu boca, además de morder otra boca, ¿conoce otros besos? Me lo imagino: para ti, el beso, apenas si es un gesto de equilibrio. (Mirandole con deseo.) Pero también debes ser ardiente y fecundo como una semilla metida en la tierra. (El pecho del etiope, jadea; las aletas de su nariz tiemblan.) Y bien: ¿qué esperas? ¡Bésame! (El etiope permanece inmóvil. Ella se pone frente a él, provocativa, para, recibir el beso.) ¡Bésame!

Por la puerta del fondo, apresuradamente, entra Cleia.

CLEIA. ¿Xantos ha llegado...? (Al advertir la actitud de Melita, se detiene y se calla. Melita, que ofrecía su boca al etiope, se aparta de él.) ¿Te ofrecías al negro? (Meiita hace un gesto. El etiope sale.)

MELITA. — ¿Y qué...? No creo que esto te importe. (Una pausa, de recelo.) ¿A qué has vuelto? Cuando se dice “me voy de esta casa para siempre”, debía ser para siempre. ¡

CLEIA. No tengo que darte cuenta de mis actos. ¿Dónde está Xantos?

MELITA. Como puedes ver, no está.

CLEIA. — ¿No ha venido aún de la playa?

MELITA. ¿Estaba en la playa?

CLEIA. —Contaba al pueblo su truco para no beberse el mar.

MELITA. — (Alegre.) Entonces, ¿no perdiera la casa, ni su fortuna, ni los esclavos?

CLEIA. No, Melita. Seguirás sirviendo al filósofo a quien quieras. (Brave pausa.) Tú le quieres, ¿no es cierto?

MELITA. — Te lo ruego...No hablemos de eso.

CLEIA. ¡Tonta! ¿Por qué no lo enamoras? Sería mejor que seducir al negro.

MELITA. — ¿Qué intereses tienes en que enamore a tu marido?

CLEIA. — ¿Sabes que el pueblo pide la libertad de Esopo?

MELITA. — (sin entener.) ¿El pueblo...? (Comprendiendo.) ¡Ah...! Tú quieres irte con Esopo.

CLEIA. Si tu enamoras a mi marido, Melita, yo sería libre... y Esopo sería libre.

¿Comprendes?

MELITA. — Comprendo.

XANTOS. — (Hablando indignado fuera de escena.) ¡Es absurdo! No lo hago...¡No lo haré! , Entra Xantos, seguido de Agnostos.

¡No lo hago! (Al ver a Cleia.) ¡Ah, Cleia....! ¿Has venido? ¡Qué bien! (Volublemente, a Cleia, cambiando de tono.) ¿Te imaginás...? Quieren que liberte a Esopo.

CLEIA. — ¿Qué te cuesta complacer al pueblo? Si no lo haces, nadie te respetará más en esta ciudad.

XANTOS. (A Cleia.) ¿Tu también...? ¿Por qué? ¿Qué afán pones en esto? ¿Quieres irte con él?

CLEIA. — Xantos, haz lo que el pueblo te pide... Y repúdame, sin preguntarme donde voy.

XANTOS. — (A Agnostos.) De modo que... ¿he recuperado tan solo mi casa?

AGNOSTOS. — Y tu fortuna.

XANTOS. — ¿Pero he de perder mi mujer y mi esclavo?

AGNOSTOS. — Lo de tu mujer es problema suyo. En cuanto a tu esclavo, he venido aquí para hacerte cumplir el deseo del pueblo.

XANTOS. — (Indignadísimo.) ¿Qué pueblo es este, que quiere que pierda lo que es mío...?

¿Acaso ha tomado el poder? ¿Esta ya repartiendo los bienes de los ricos?

AGNOSTOS. — No... que para eso hay guardias como yo. Lo que el pueblo quiere es que libertes a Esopo. Solamente a Esopo.

XANTOS. — ¡Es mío!

Entra Esopo, Seguido de Melita.

Al verle, Xantos se acerca, a su esclavo, y le pone la mano en el hombro, como significando su dominio.

XANTOS. — (A Agnostos.) ¡Mío! ¿Entiendes?

CLEIA. — (A Esopo, rápidamente, como si temiera que le fuesen a ocultar la verdad.)

¡Esopo...! ¡El pueblo exige que Xantos te liberte!

ESOP. — ¿El pueblo...? ¿Por qué el pueblo?

CLEIA. — El pueblo se dió cuenta de que fuiste tú quien enseñaste a Xantos de zafarse de su promesa de beber el mar. **Crhgipp** lo proclamó: "Esto ha sido idea, del esclavo Esopo. Xantos no es capaz de encontrar una salida tan aguda."

ESOP. — (A Xantos.) Disculpame, Xantos. (A los otros.) ¿Qué mas?

CLEIA. — El pueblo, entonces, empezó a gritar: "¡Que liberten a Esopo! ¡Que liberten a Esopo!"

ESOP. — Si es así...(Mirandolos a todos.) ¿Soy libre?

XANTOS. — ¡No! (Breve pausa.) Me perteneces.

CLEIA. — ¡Libértalo, Xantos! €

XANTOS. — Quieres irte con él, ¿no?

MELITA. — Libértalo, Xantos. Y a ella, échala. No es digna de ti. Deja que se vaya con este esclavo.

CLEIA. (Altiya.) ...y la esclava Melita se hará cargo de su señor.

XANTOS. — ¡No! (A Esopo.) Tú eres mi esclavo.

MELITA. — Yo también soy tu esclava...y seré tu esclava toda mi vida.

CLEIA. — Melita tomará mi lugar. Será mejor que yo.

XANTOS. — (Airadamente.) ¡No!

ESOP. — (Tras una breve pausa, calmamente.) Mientras el león dormía, un pobre ratón paseaba sobre su cuerpo. Despertándose de pronto, la fiera atrapó al animalito; e iba a devorarlo, cuando el ratón le dijo: "Suéltame, que algún día sabré demostrarte mi gratitud." El león sonrió de la petulancia del ratón; pero decidió soltarlo. Algún tiempo después, el león cayó prisionero en una red tendida por los cazadores, El ratón oyó los gemidos de la fiera, fue hacia el lugar de la trampa, royó las cuerdas de la red, y el león quedó libre.

XANTOS. — Y eso, ¿qué significa?

ESOP. — Esta fábula demuestra la recompensa de la gratitud.

CLEIA. — Si, Xantos...Debes ser agradecido, porque él salvó tu casa y tu fortuna.

XANTOS. — ¿Agradecido...? Es él quien ha de estarme agradecido...Le doy comida, le doy techo, le doy una vida que ningún esclavo tiene en toda Grecia.

ESOP. — (Mostrando sus brazos, cubiertos de cicatrices y verdugones.) Así me has pagado por haberte dicho lo que tenías que hacer para no entregar tus bienes al capitán.

AGNOSTOS. — Si él no te hubiese instruido, yo te hubiera ganado tu casa, tu fortuna y tus esclavos. Esopo sería mío...y yo lo libertaría.

MELITA. — Libértalo, Xantos. No lo necesitas a él... ni a ella. Yo seré para ti lo que ellos no fueron nunca.

XANTOS. — (Empujándola brutalmente.) ¡Tú también me perteneces! Tú eres mía.

Cuando te quiera como mujer, no me hace falta que consientas...¡porque eres mi esclava!

AGNOSTOS. — Perdi la partida gracias al ingenio de tu esclavo. El pueblo quiere ahora que lo libertes...Obedece al pueblo.

XANTOS. — El pueblo sabe muy bien que ninguna ley me obliga a libertar a mis esclavos.

CLEIA. — Xantos, serás detestado por la ciudad entera.

XANTOS. — (A Cleia.) Sé el interés que tienes en que liberte a Esopo.

CLEIA. —No lo niego. ¿Quieres que lo diga'?

XANTOS. — No... Sería muy cruel.

CLEIA. — Antes de que Esopo llegara, imaginaba encontrar un día a un hombre como tú, capitán. Un hombre hermoso, claro, fuerte. Pero de este hombre feo... (Señalando a Esopo) ...he oído lo que ni mi marido ni tú me habéis sabido decir. (A Xantos.) Xantos, déjame irme con este hombre.

XANTOS. — (Desplomándose en una banqueta.) Por eso no lo liberto. Yo sé que si él se queda a mi lado, tú también te quedarás.

CLEIA. — No hay ninguna dignidad en lo que dices. ¿Cómo soportas mi presencia, sabiendo que deseo a un esclavo?

XANTOS. — Lo prefiero así.

ESOP. — Es un homenaje que me haces, filósofo. Sabes que jamás tocaría a tu mujer.

CLEIA.—(A Esopo) ¿Tu no me quieres?

MELITA. – (A Esopo.) ¡Dile que si, Esopo!

ESOPO. – (A Cleia.) ¡No, Cleia!

CLEIA. – ¿No quieres que me va ya contigo?

MELITA.— (A Esopo.) ¡Dile que si! Has ganado la partida.

ESOPO. – (A Cleia.) No, Cleia.

CLEIA. – ¿Qué quieres pues?

ESOPO.— Únicamente lo que me pertenece: mi libertad.

XANTOS. – Si lo liberto, ¿Cleia... te quedarás conmigo?

ESOPO. – Es la obligación de tu mujer. Se quedará.

CLEIA. — (A Esopo.) Sólo Si tu me ordenas que me quede.

ESOPO. – Yo no te doy órdenes. Podría darte un consejo, si quisieras. Yo no estimo los bienes, ni las riquezas, ni el amor. No puedo darte nada de lo que esperas de la Vida. Ni siquiera te daría mi libertad, aunque me lo suplicas. La libertad tiene que ser para que yo la goce como se goza de la más querida de las amantes.

CLEIA.— Un solo gesto tuyo, Esopo, y yo me iré contigo si eres libre, o me quedaré como esclava si tu sigues siendo esclavo.

XANTOS. –(A Esopo.) Entonces, ¿Cleia no se irá. contigo?

CLEIA. – Libéralo, Xantos. (Sollozando.) Me quedará. (Xantos va hacia la mesa, toma un papiro y el pincel y escribe, entanto Cleia llora... Xantos tiende el papiro a Esopo.)

XANTOS.— (A Esopo.) Aquí tienes. Eres libre. (Esopo toma el papiro, lo contempla y se lo entrega a Cleia.)

ESOPO.— Toma, Cleia. Libertame o guardame. (Cleia alza los ojos, seca sus lágrimas, mira el papiro y lo toma. Sus manos tiemblan como si fuera a rasgarle. Pero lo que hace es llevarlo a sus labios, besarlo y devolverse a Esopo.)

AGNOSTOS.— (A Esopo.) ¿Cuándo quieres marcharte?

ESOPO.— Ya.

AGNOSTOS. – Vé a buscar lo que es tuyo.

ESOPO.— No tengo nada mío. ¡Ah, sí!... Una alforja para el pan. (Esopo, sale. Breve pausa. Xantos, Cleia, Melita, y Agnostos, permanecen un instante en silencio.)

XANTOS.— (A Agnostos, tras la pausa.) Capitán, si encontráramos un medio de hacerlo quedar... ¡Tengo dinero, capitán, mucho dinero! ¿Cuánto quieres para decirle al pueblo que...

CLEIA. – (Interrumpiéndole con un grito.) ¡Cállate, Xantos! (Entra Esopo con su alforja colgada, del hombro.)

ESOPO.— Adiós, Xantos.

CLEIA. – (A Esopo.) ¿Hacia dónde vas?

ESOPO. – A ver el mundo... A verlo todo. A mirarlo con los ojos libres. Muy lejos de aquí, en Lidia, dicen que hay un rey, Creso, que es el hombre más rico de la tierra. Sus palacios son de oro, sus ropas están tejidas con piedras de Oriente... Quiero verle y reirme de su riqueza. Más lejos aún, en las orillas de Nilo, los egipcios contruyeron pirámides enormes para honrar la memoria de sus reyes... Quiero verles y reirme de la variedad de esa piedra que cubre unos huesos polvorientos. Quiero ver la ambición humana en todas sus formas y reirme de su monstruosidad, como se ríen de mi rostro. Adiós, Xantos.

XANTOS. – ¿Estás seguro de que quieres irte?

ESOPO. – (A Cleia) Adiós, Cleia, que los dioses protejan tu belleza. (Tomando la mano de

Cleia y poniendola en la de Xantos)

CLEIA. – Adiós, Esopo. Que los dioses te hagan feliz.

ESOPO.— Adiós, Melilla... Que los dioses te liberten.

MELITA.—Adiós, Esopo.

ESOPO.— Adiós, capitán.

AGNOSTOS.— Adiós, Esopo. (Por la puerta del fondo, entra el Etiope.)

ESOPO.— Adiós, etiope. Pudiste haberme castigado mucho más. Tanta es tu fuerza... Pero aún estoy vivo. Te perdono. (Va hasta el umbral de la puerta del fondo, alza un brazo.)

Adiós. (Esopo, sale. Xantos, Cleia, Melita y Agnostos, quedan de nuevo en silencio un instante, y como turbados.)

XANTOS.— (Al cabo de la pausa.) Capitán... Quédate a comer con nosotros.

CLEIA.— (Aferrándose de pronto a la idea.) Come con nosotros, capitán.

XANTOS. (A Melita.) ¿Qué hay para comer?

MELITA.— Lengua.

XANTOS.— ¿Lengua?... ¡Ah, lingual ¿Qué hay mejor que la lengua? La lengua es la que a todos nos une. Sin la lengua, no podríamos expresar nada. La lengua es la clave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razón.

CLEIA.— (A Agnostos, en voz baja) ¿Quiere comer?

AGNOSTOS.— Hum.

XANTOS.— (Prosiguiendo.) Gracias a la lengua se construyen las ciudades, gracias a la lengua decimos nuestro amor. Con la lenda se enseña, se persuade, se instruye...

(deteniéndose súbitamente y dirigiéndose a Agnostos) ¿No te gusta la lengua?

AGNOSTOS. – Es lo peor que hay en el mundo. Es la fuente de todas las intrigas, la iniciación de todos los procesos, la madre de todas las discusiones... (Callándose de pronto.) ¿Quién nos ha dicho ya todo esto?

XANTOS. – Yo... Yo, que lo enseñé en la plaza para mis discípulos.

AGNOSTOS.— Es verdad... Esta es una de tus lecciones. Xantos: ¡tú eres un gran filósofo! Tu pasaras a la inmortalidad.

XANTOS.— (En el paroxismo de la vanidad.) ¿Tú crees...? ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! (A Cleia, señalándole a Agnostos) ¡Lávale los pies, mujer! ¡Hónrale! (En tanto Cleia se dispone a lavar los pies a Agnostos, el telón cae por un instante para dar idea del paso del tiempo. Al lavantarse de nuevo el telón, la luz del escenario ha cambiado. Xantos y Cleia están en escena. Las túnicas que llevan puestas son distintas a las de la escena anterior.)

XANTOS.— (Como recordándole a Cleia una lección.) Había una vez unas ranas que estaban aburridas...

CLEIA.— (Interrumpiéndole.) No... No. No, Xanto. No digas "había una vez"... "Había una vez" se usa en las historias para los niños.

XANTOS.— ¿Entonces qué digo?

CLEIA.— Entra directamente en el tema, habla luego de los personajes. Empieza así "Las ranas, etc., etc." Lo que importa son los personajes.

XANTOS.— Es absurdo empezar la fábula sin un preámbulo. Todo discurso se divide en preámbulo, expansión y peroración. Es la lección de Aristóteles. Está en los tratados.

CLEIA. – Olvidate los tratados. Cuenta el hecho, solamente el hecho. Nada de retórica. Era así como lo hacía Esopo.

XANTOS. – Lo curioso es que estas historias, completamente incoherentes, fuera de toda lógica y sin ajustarse a ninguna de las reglas de la narración, tienen un buen éxito

enorme... No lo puedo entender.

CLEIA.— No te preocupes por eso. El pueblo presta mucha más atención a tus lecciones en la plaza desde que empezaste a usar la manera de Esopo, repite la fábula de las ranas.

XANTOS.—Había una vez... (breve pausa.) Las ranas estaban aburridas del desorden en que vivían, y enviaron una delegación a Júpiter para pedirle que les diese un rey.

CLEIA.— Ahí, en ese punto, una pausa, para que quienes te escuchan comprendan bien: ranas aburridas, delegación a Júpiter, petición de un rey. Adelante.

XANTOS.— Júpiter tiró un trozo de palo en la Charca. Las ranas asustadísimas, se zambulleron.

CLEIA.—En ese pasaje, un poco de énfasis, de agitación: “Las ranas, asustadísimas, se zambulleron”. La frase siguiente tiene que ser serena, como indicando que las ranas van a empezar a pensar.

XANTOS.— (Reanudando la fábula.) Como el trozo de palo no se movía, las ranas volvieron a la superficie, y fueron sintiendo tal desprecio por aquel rey, que acabaron saltando encima de él.

CLEIA.— Otra pausa. Va a haber una transición psicológica... y es indispensable que los oyentes se identifiquen con el drama: rey inerte, ranas saltándole por encima. Sigue.

XANTOS.—Decepcionadas de tener aquel rey, las ranas se presentaron nuevamente a Júpiter y le pidieron que les diera un nuevo monarca, pues el que tenían no hacía nada.

CLEIA.— Ahora la conclusión, la frase definitiva. Tiene que ser dicha con precisión y energía. Sigue.

XANTOS.— Júpiter, irritado, les envió entonces una hidra, que devoró a todas las ranas.

CLEIA.— Un poco más de horror al decir “hidra”. Se trata de un monstruo, y el tono de voz debe inspirar espanto. A ver... Di: “hidra”.

XANTOS.— (Suspirando.) Hidra.

CLEIA.— No... (Con énfasis.) Hidra.

XANTOS.— Hidra... Les envió una hidra que devoró a todas las ranas.

CLEIA.— Una pausa, antes de la moraleja. Los oyentes, en esa pausa, han de comprender que no estás contando una historia particular, que ha sucedido a las ranas; sino que, refiriéndote a ellas, dices, algo de carácter general. Han de entender, desde luego, que aún siendo ranas, es preferible que tengan un gobernante blando a un gobernante monstruo. La pequeña pausa que debes de hacer ahí, es un homenaje a la inteligencia de la platea. Quienes te sigan, han de sacar por sí mismos la conclusión del ejemplo de las ranas. La moraleja tiene que ser dicha con cierta displicencia... como si admitieras que todos han comprendido la lección. No debes permitir que nadie se quede pensando “Y eso, ¿qué significa?”

XANTOS.;— ¿No era así como él lo decía?

CLEIA.— ¿Quién?

XANTOS.— Esopo. Yo se lo preguntó muchas veces: “Y eso, ¿qué significa?”

CLEIA.— Tú eres una excepción.

XANTOS.— Nunca podré contar las cosas de ese modo. Si al menos estuviera él aquí, para enseñarme. No debía de haberlo libertado. ¿Ves cuánto perdí? Además, cuando se acaban las fábulas que él nos contó y de que nos acordamos, ¿cómo voy a hacer para encontrar otras? No hay manera de inventar una fábula. (Presurosamente, alarmada, Melita, entra por la puerta del fondo.)

MELITA.— Señora... ¡han traído a Esopo, preso!

CLEIA.— ¿Preso?

XANTOS.— (Sorprendido.) ¿Preso...? ¿Dónde lo han llevado?

MELITA.— Lo traen hacia aquí. Lo han entregado al capitán de guardias.

XANTOS.— ¿Lo traen aquí? ¿Por qué?

MELITA.— No sé. Los hombres de Delfos lo prendieron... y al llegar a Samos, lo han entregado al capitán.

XANTOS.— ¿Qué ha hecho para estar preso?

MELITA.— No lo sé.

CLEIA.— Necesita de nuestra ayuda, Xantos.

XANTOS.— ¡Magnífico! Ahora podrá enseñarnos otras fábulas, para que yo las cuente en la plaza (Entra Esopo, con una cadena en las manos y en los pies. Agnostos le sigue. Esopo lleva su alforja al hombro.)

ESOPO.— Aquí me tienes, Xantos. Parece que no podemos librarnos el uno del otro.

XANTOS.— Me alegro de que hays vuelto, Esopo. Estoy aprendiendo a contar tus fábulas, y tú podrias...

AGNOSTOS.— (Interrumpiendolo.) Lo han prendido porque ha robado.

XANTOS.— ¿Ha robado?

ESOPO.— Cuando llegué a Delfos, la gente me pidió que les contara una fábula. Se la conté. Los hombre entonces, me prendieron por ladrón y me acusaron de haber violado el templo de Apolo. El pueblo de Delfos adora al dios Apolo.

XANTOS.— ¿Robaste algo?

ESOPO.— No. Bien sabes que sólo quiero lo que es mio.

AGNOSTOS.— Han dicho que Esopo robó la copa de oro del templo de Apolo.

ESOPO.— No. Me prendieron en la plaza, me han traído aquí y me han entregado al capitán.

XANTOS.— ¿Para qué te han traído a Samos?

ESOPO.— Para que tú mismo verifiques si está en mi alforja la copa de oro.

AGNOSTOS.— (Entregando a Xantos la alforja de Esopo.) Comprueba.

ESOPO. (A Xantos, en tanto éste abre la alforja.) Sabes mejor que nadie que yo no robo. Si le tuviera amor al dinero, no te hubiera entregado el tesoro que encontré... Si yo robase, tu no tendrías ahora a tu mujer. (Xantos saca de la alforja la copa de oro. Pausa.)

XANTOS.— ¿Por qué has hecho esto? Es un crimen que se paga con la vida.

ESOPO.— No lo he hecho. No sé cómo esta copa ha podido venir a parar ahí.

XANTOS.— Una copa no anda sola. Está en el orden natural de las cosas.

CLEIA.— (A Esopo) ¿Por qué te han traído aquí?

ESOPO.— Han dicho que yo era esclavo de Xantos... Como esclavo sólo mi amo puede castigarme.

XANTOS.— Pero tú eres libre.

ESOPO.— En Samos saben que soy libre. En Delfos, no.

AGNOSTOS.— (A Xantos.) Esopo es libre... Debes decírselo a los délficos. Tu no tienes nada que ver con este robo.

ESOPO.— (Enérgicamente.) ¡Yo no he robado! Alguien ha puesto esta copa en mi alforja.

CLEIA.— ¿Por qué...? ¿Estaban enfurecidos contra ti?

ESOPO.— Me pidieron que contara una fábula, para el pueblo de Delfos. Cuando acabé de contar, me insultaron.

XANTOS.— No puedo entender qué motivo hayan podido tener para enfurecerse por una

de tus historias de animales. Son la cosa más inocente del mundo.

ESOPO.— Te engañas. Son terribles.

XANTOS.— ¿Qué fábula contaste? ¿La del león y el sapo...? ¿La del cuervo y la zorra?

ESOPO.— Una que inventé para los délficos.

XANTOS. ¿La comprendieron...? (A Cleia.) Tienes razón, la gente las comprende. Son inteligentes los délficos. ¿Qué fábula era?

ESOPO.— Los délficos son devotos de Apolo, a quien hicieron erigir un grandioso templo de mármol. Horas y horas, sin trégua, rezan en ese templo... de tal modo, que ya no siembran el trigo. Al llegar el invierno, pasan hambre, porque no tienen pan, y salen a mendigar por todos los caminos de Grecia. A cada uno que encuentran, le dicen:

“Extranjero: soy sacerdote de Apolo y rezo el año entero para que los dioses protejan nuestras ciudades. Ahora, tengo hambre. Debes darme una moneda.” Así viven... y por eso, cuando me pidieron una fábula, yo les dije: ¡Escuchad, délficos, esta historia que he imaginado y que os dedico! La cigarra cantaba todo el verano, en tanto que el escarabajo almacenaba en su nido todo el estiercol que encontraba. Al llegar el invierno, la cigarra hambrienta fué al nido del escarabajo y le pidió de comer. El escarabajo, preguntó “¿Por qué no has guardado estiercol durante el verano?” La cigarra le respondió: “En verano, cantaba.” “¿Cantabas...?” -

replico el escarabajo—. “Pues si en verano cantabas, baila en invierno”.

XANTOS.— No emtiendo.

ESOPO. —Entiende, Xantos... Los délficos dijeron que a mi me parecia más noble reunir estiercol que rezarle a Apolo.

XANTOS. (Muy serio.) Es un crimen ofender así a los dioses.

ESOPO.— ¿Comprendes...? Una fábula, Xantos, no es tan sólo una historia inventada es una verdad. Y una verdad es la única razón por la que vivimos o morimos.

CLEIA. (A Esopo.) Pero tú no vas a morir.

ESOPO.— Alguien puso la copa de oro en mi alforja. Es un crimen contra la propiedad y contra los dioses... ¿Conoces el castigo para ese crimen?

AGNOSTOS.— Es lo que los hombres de Delfos quieren saber: cuál es tu castigo. Porque, según sus leyes, si eres libre, debes ser arrojado desde lo alto de la roca Hiampeia, al más hondo precipicio de Grecia. Si eres esclavo, tu amo puede elegir tu castigo. Te han traído aquí, porque saben que eres esclavo de Xantos. Ahí está la copa de oro, y ha sido encontrada en tu alforja. (Con un ademán.) Los hombres de Delfos esperan fuera, en el jardín.

CLEIA.—(A Agnostos.) ¿No les has dicho que Xantos lo libertó...?

AGNOSTOS.—No. Si se lo hubiera dicho, tirarían a Esopo desde lo alto del precipicio.

CLEIA . -(A Agnostos.) Pídeles un mínimo más. (Agnostos sale por la puerta del fondo.

Cleia se dirige a Esopo.)

CLEIA. - (A Esopo.) Entonces... ¿vas a morir? ¡No! No. Yo no quiero. ¿Qué se puede hacer?

ESOPO.— Nada.

CLEIA.— ¿Le has enseñado tu carta de liberto?

ESOPO. —No.

CLEIA. — ¡Ah... felizmente!

ESOPO.— ¿Por qué felizmente?

CLEIA . - ¡Eso te salva, Esopo! ¿La escondiste para salvarla?

ESOPO . - No. (Grevemente) La escondí... porque antes de morir, quería verte.

Suponiendome esclavo, tenían que traerme a presencia de Xantos... A tu presencia.

CLEIA.— ¡Xantos...! Tú puedes salvarlo. ¡Diles a los délficos que es tu esclavo! (A Esopo.)
 ¿Dónde guardas tu carta de liberto? ¡Vamos a quemarla!

XANTOS.— Es una buena idea, Esopo. Te quedarás de nuevo con nosotros.

ESOPO.— Como esclavo.

XANTOS.— Por ahora, para disimular hasta que esto sea olvidado. En realidad, podemos ser socios.

ESOPO.— ¿Socios...?

XANTOS.— Si. Tú compondrás las fábulas y yo se las contaré en la plaza a mis discípulos.
 ¡No sabes el éxito que tienen tus historias! En poco tiempo serás rico.

ESOPO.— Mis fábulas son para ser contadas de gracia.

XANTOS.— Mejor... Tú me las contarás gratis, y mi nombre les dará carácter de sistema filosófico. Escucha... Después, serás libre. Tú me drás tu fábulas; y yo... ¿Qué más quieres? Mira... yo sé que Cleia esta enamorada de ti. Te quedarás con ella, y bien pronto. Yo la repudiare y ella será tuya. (Breve pausa.) ¿Qué dices?

ESOPO.— ¡Bébetelo al mar, Xantos!

XANTOS.— Pero... ¿No te das cuenta? Si no aceptas, los délficos te matarán.

ESOPO.— ¿Tú también entras en la sociedad de tu marido, Cleia? Yo entro con mis fábulas, Xantos con su mujer; y tú...

CLEIA.— (Interrumpiéndole.) ¡No, tonto! Yo entro con mi amor, y tu entras con la vida. (Dandose vuelta hacia Xantos.) Sal, Xantos y diles a los delficos que Esopo te pertenece y que sólo tu tienes derecho a castigarlo.

ESOPO.— Y tendrás que castigarme, Xantos... porque de todos modos, para los délficos, fui yo quien robó la copa de oro del templo.

XANTOS.— Será un castigo leve, tan sólo para contentar a la gente de Delfos. ¡No perdamos tiempo! (Xantos bate el gongo. Aparece el etíope) (A Esopo) Te llevaré a la plaza para que los délficos vean que has sido castigado. Devolveré la copa de oro y... ¿Dónde tienes tu carta de liberto?

ESOPO.— (Sacándose el papiro del pecho.) Aquí está.

XANTOS.— (Tendiendo la mano.) Dámela.

ESOPO.— No.

XANTOS.— ¿Desconfías de mí? ¿Tienes miedo de que no te la devuelva? Quédate con ella. Vé tú mismo a decirles a los délficos que eres mi esclavo. Yo confirmaré tus palabras.

ESOPO.— Yo no soy tu esclavo.

XANTOS.— Pero dilo. Es un pequeño engaño que te salvará la vida.

MELITA.— ¡La vida, Esopo! Tu vida y la mujer que quieres.

ESOPO.— ¿Tendré que decir que soy esclavo?

XANTOS.— Y estarás a salvo.

ESOPO.— ¿Me creerán?

XANTOS.— Confirmaré tus palabras, ya te lo he dicho.

ESOPO.— Si han de creer esa mentira, ¿por qué no creen en la verdad, que es más fácil?

XANTOS.— ¿Qué verdad?

ESOPO.— La de que yo no robé la copa de oro de Apolo. La de que no soy tu esclavo.

XANTOS.— Pero... si ellos mismos pusieron la copa de oro en tu alforja, ¿cómo pretendes imponer la verdad?

ESOPO.— Has llegado al punto que yo quería, Xantos. Raramente los hombres saben

soportar la verdad.

CLEIA.— Entonces, véngate. Miénteles. Diles que eres esclavo... La gente soporta bien la mentira.

ESOPO.— Hay, pues, un castigo para los hombres libres que roban; y un castigo menor para los esclavos ladrones.

XANTOS.— En tu caso, si.

ESOPO. – (Tras un silencio expectante.) Quiero mi libertad... Elijo el castigo de los libres.

XANTOS.— ¡Imbécil! (Fuera, en el jardín, se oye el rumor del pueblo, que se acerca. Melita va hacia la puerta del fondo.)

MELITA.— (En el umbral de la puerta.) ¡Los hombres de Samos se acercan, vienen hacia aquí!

CLEIA. –(Tras un breve silencio.) Fui yo quien puso la copa de oro en tu alforja, Esopo... Yo estaba allí. Vi al pueblo de Delfos enfurecido contra ti. Vi que te ibas, lejos... que te perdía. Y entonces, mientras discutías con los sacerdotes, entré en el templo, escondí la copa de oro en tu alforja, le conté a un sacerdote que habías robado, y... .

ESOPO. –(Interrumpiéndola, con un grito.) ¡Mientes! ¡Mientes, amor mío, mientes!

CLEIA. – Quería vengarme de ti... guardarte para mí... recobrarte. Ahora, ya no. Ahora deben llevarme a mí al precipicio. (El clamor del pueblo, acercándose, aumenta.)

ESOPO.— ¡Mientes! ¡Quieres salvarme, y mientes!

MELITA. – ¿Ves, Xantos...? Fué tu mujer.

ESOPO.— (Imperiosamente, a Melita.) ¡Calla! (A Cleia.) Nos hemos extraviado, Cleia... No hemos podido encontrarnos en la vida. Yo creí que en ti había maldad... Eres buena, eres inocente. Yo, sí... yo soy culpable.

CLEIA. – (Sollozando.) ¡No, no, por todos los dioses!

XANTOS.— (A Esopo.) ¡Tonto, estúpido! ¡Es la vida la que tienes que salvar!

ESOPO.— Aunque no me castigaras... aunque nunca me hubieses castigado, filósofo, aprende: elijo el castigo de los libres. Eso es lo que quiero.

CLEIA.— (Con un gemido.) Es tu muerte... tu muerte. Déjame que te lo diga, hombre feo: ¡eres horrendo! (El clamor del pueblo, fuera crece)

ESOPO. Adios, Cleia... Soy libre. Nadie más tocará nunca mi cuerpo. Ni el látigo del etiope... ni tus manos, Cleia. Ni el odio ni el amor. Por mis propios pasos llegaré al precipicio. (Por la puerta del foro, aparece Agnostos.)

AGNOSTOS.— El pueblo espera la respuesta.

XANTOS.— ¿Mi respuesta?

ESOPO.— La mía. (Con la carta de liberto en la mano, va hacia la puerta.) ¡La mía!

(Hablandoles a los que están fuera, en el jardín.) ¡Tomad vuestra copa de oro! (Tira la copa hacia el jardín.) Oid, hombres de Samos y de Delfos, esta fábula de Esopo. Una zorra, viendo un racimo de uvas en lo alto de una parra, quiso alcanzarlo... (Su voz es enérgica. Pero un sollozo tiembla en su acento.) ...y no lo consiguió; y entonces, dijo: "Están verdes".

Moraleja: ¡aprended que sois libres! (Dándose la vuelta hacia Xantos) Aprende, Xantos: todo hombre está maduro para la libertad, ¡para morir por ella! (Hablando de nuevo a los que están afuera) Yo también estoy verde para el amor, verde para la vida... ¡Pero soy libre, canalla! (Dando un paso decidido hacia la salida) ¡Afuera, al camino! ¿Dónde está el precipicio que tenéis destinado a los hombres libres? (Sale, resuelto. Fuera, el clamor del pueblo llega a su apogeo.)

CAE TELON